

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

XENOFOBIA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



XENOFOBIA

Título Original: *Xenofobia*

©1973, Garland, Curtis

©1973, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: La Conquista Del Espacio 160

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.74

PRÓLOGO

La luz fue vista sobre las colinas.

Fueron bastantes los testigos de aquella luz. Y todos ellos coincidieron en que tenía un color verde brillante, que pareció volverse súbitamente rojizo al pasar sobre la Roca del Indio, para desaparecer luego de repente.

Muchos pensaron que era un meteoro. Se persignaron, esperando el impacto que haría temblar la tierra y provocaría un formidable estruendo en alguna parte, más allá de las cercanas colinas.

No fue así. No sucedió absolutamente nada. Ni estruendo, ni temblor, ni nada de nada. El silencio prosiguió tras la visión de la luz.

Quizá de no haber sido testigo de esa claridad, el propio *sheriff* del Condado, nada hubiera llegado a suceder. Es más, los testigos que afirmaron haber visto descender aquella especie de esfera luminosa, vertiginosa en su trayectoria, hacia las tierras cercanas, hubiesen sido tachados de visionarios o de ebrios por el *sheriff* Mulder. Sólo que como él era uno de esos testigos y no se consideraba demasiado imaginativo, no bebía licor durante sus horas de servicio, y tenía una vista excelente, no pudo auto aplicarse ninguna de esas posibles explicaciones. Y hubo de admitir que el fenómeno había sucedido.

«Debe ser algún globo meteorológico incendiado —se dijo—. O quizá el cohete de arranque de algún satélite artificial. Con todos esos lanzamientos espaciales de hoy en día...»

Era un hombre frío y metódico. Resolvió que era preciso descubrir qué sucedía, y cuál era la auténtica naturaleza de la luz. Después de todo, eso entraba a formar parte de sus obligaciones. Y estando cercanas las elecciones, no era conveniente pecar de negligencia. Su reelección era un hecho casi seguro, y no quería perder ahora esa seguridad tontamente. Además, en vísperas de la llegada del senador Parish, era

mejor atar bien todos los cabos. Tenía fama de hombre exigente y poco condescendiente con los errores ajenos.

—Maldita sea, Smithers, hemos de salir hacia las colinas —dijo, entrando con disgusto en su oficina.

—¿Las colinas? —se sorprendió su ayudante—. ¿Qué sucede allí? ¿Acaso hay otra vez ladrones de ganado? ¿O han vuelto los McArden y los Grayson a las andadas y andan tirándose los trastos a la cabeza?

—Ni una cosa ni otra, Smithers —refunfuñó el *sheriff* Mulder—. Se trata de una luz.

—¿Una luz? —Todd Smithers, comisario del condado, pestañeó sin dar crédito a sus oídos. Miró dubitativo a su superior, que estaba revisando los rifles alineados en el armario, para tomar el más potente y engrasado de todos—. ¿Qué clase de luz? No es fácil ver una luz en las colinas, desde el pueblo.

—Pues yo la he visto. Y conmigo, unos cuantos ciudadanos más. No se trata de ninguna luz en las colinas, sino sobre las colinas. En el cielo.

—Oh, ya entiendo. ¿Algo así como una estrella fugaz?

—Algo así como un demonio —se enfureció Mulder—. ¿Desde cuándo me movilizo yo en pos de estrellas fugaces, imbécil? Se trata de algo más concreto. Una luz grande, del tamaño de media luna. Color verde fosforescente, que se fue tornando rojo al caer. Parecía un meteoro.

—Puede que fuese un meteoro —bostezó Smithers.

—Claro. Pero no se percibió impacto alguno. Y las colinas no están tan lejos. Si un cuerpo de ese volumen cae del cielo, tiene que sentirse algo.

—Si es muy ligero, como un globo meteorológico o algo así...

—Ya lo he pensado. Puede que lo fuese, pero debemos confirmarlo, Smithers. Prepara el *jeep*. Vamos para allá ahora.

—Como usted diga, *sheriff* —convino resignadamente su auxiliar.

Y salió con aire perezoso de la oficina, para preparar aquel inesperado viaje a las colinas próximas a la población.

* * *

El «Land Rover» rodeó la cresta pedregosa de la Roca del Indio, llamada así por su perfil, que recordaba la majestuosidad de los ya casi extinguidos pieles rojas, cazados como búfalos por los tercios antepasados del *sheriff* Mulder y otros como él, quizá en el mayor y más

estúpido genocidio de todos los tiempos.

Detrás de las rocas, se extendían las laderas rocosas, descendiendo hacia la profunda cañada y el arroyo. El sendero, abrupto y difícil, fue recorrido por el *jeep* con relativa sencillez, gracias a la experta mano de su conductor, el comisario Smithers.

—No veo nada especial por aquí —comentó éste, mirando en torno, intrigado.

—Yo tampoco —masculló Mulder—. Pero siga adelante. La exploración no ha terminado. Llegue hasta el torrente, como mínimo. De haber caído aquello, fuese lo que fuese, tuvo que ser por aquí... o muy cerca de aquí.

—Si eso le satisface... —Smithers, escéptico, se encogió de hombros—. Personalmente, creo que no vamos a encontrar nada.

—No me importa lo que usted crea, Smithers. Sé que vi esa luz y me basta, fuese lo que fuese lo que lo producía, era un cuerpo sólido, no un espejismo. El cuerpo descendía a una velocidad de vértigo. Tuvo que producirse impacto, estoy convencido de ello. No pararé hasta dar con ese objeto.

—Posiblemente le quepa el gran honor de dar con los primeros marcianos —rio entre dientes Smithers—. Pudo ser un platillo volante. ¿No se ha parado a pensarlo?

La mirada de Mulder a su subordinado fue altamente expresiva. La voz que brotó entre sus labios apretados, tenía la frialdad cortante de una hoja de acero:

—Puede guardarse sus brillantes deducciones, Smithers. Además de aburrirme, es posible que distraigan mi atención de cosas más importantes.

El comisario sonrió para sí, burlón, rodeando una masa rocosa del sendero y deslizándose el «Land Rover» pegado virtualmente al borde del barranco, con auténtica pericia. Descendieron la ladera, dando brincos incómodos y bruscos.

De repente, los ojos de Mulder se clavaron en el arroyo, allá en la cañada.

—¡Eh, espere! —jadeó—. ¡Mire allá!

Smithers miró en la dirección que señalaba el brazo de su jefe, sin soltar su enérgico control sobre el volante. Pestañeó.

Había una rara luminiscencia al otro lado del arroyo. Algo, en la tierra, tenía un fulgor difuso, fosforescente. De un verde pálido, casi blancuzco.

—Bueno, parece que hemos dado con su objeto volador, *sheriff* —comentó Smithers, arrugando el ceño—. ¿Nos acercamos?

—Naturalmente. Vadea el arroyo con el coche. Hemos de ver lo que hay ahí.

—Podiera ser algún objeto de la NASA. Y ya sabe que ellos recomiendan muchas precauciones, en previsión de contaminaciones y todo eso...

—No tocaremos nada, si es eso a lo que se refiere —expuso secamente Mulder—. Nos vamos a limitar a contemplar eso, sea lo que sea, a prudencial distancia. Luego, obremos en consecuencia. Usted límitese a conducir. Yo prepararé el radioteléfono por si hay que comunicar urgentemente con las autoridades militares o científicas.

—Creo que está dándole demasiada importancia a eso, pero es cosa suya, *sheriff* —se encogió de hombros Smithers, y aceleró la marcha del jeep, lanzándolo recto hacia el arroyo, cuyo punto vadeable conocía perfectamente.

Mulder le miró malévolamente, pero no comentó nada, limitándose a manipular su aparato emisor-receptor de radioteléfono, acoplado al «Land Rover».

El terreno, en la cañada, se hizo más abrupto todavía. El vehículo saltaba como si tuviera muelles disparándose a cada momento bajo los neumáticos. Peñascos, sinuosidades y altibajos de todo género, dificultaban la marcha del *jeep* hacia el arroyo.

El *sheriff* Mulder percibió sonidos sibilantes y parásitos en su radioteléfono. Afinó la sintonía, y cuando cesaron los sonidos, cerró de nuevo, esperando a pedir comunicación inmediata con quien fuera menester.

—Tenga cuidado, Smithers —avisó de pronto, clavando los ojos ante sí—. Al otro lado del arroyo, en determinados puntos, el condado termina, y es limítrofe con el vecino. No quiero líos con el *sheriff* Robeson. Ese maldito tipo me produce alergia.

—¿Porque es negro? —rio entre dientes Smithers.

—¡Porque es un estúpido engreído! —aulló con ira Mulder. Clavó su mirada irritada en su subordinado—. Maldito sea... No soporto a los tipos que se creen mejores que los demás.

—Sobre todo, si ese tipo es negro —insistió Smithers, irónico.

—¡Bien, esa es otra, ya que tanto insiste! ¡No es ningún crimen sentir asco por un negro!

—Oh, claro que no —admitió Smithers—. Ni por un indio, un chino

o un japonés. Nuestra historia, *sheriff*, está llena de cosas así, y nadie parece sentir asco por ella. Al menos, en el país.

—Un *sheriff* negro —jadeó Mulder, que parecía no escuchar a su compañero—. Sólo en el condado de Cactus puede suceder algo así. ¿A quién diablos se le ocurriría elegirle?

—Supongo que al pueblo —bostezó Smithers—. Este es un país democrático, *sheriff*.

—Oh, claro. Imagino que cualquier día, el pueblo elegirá un *marshal* o un gobernador *hippie*.

—¿Por qué no? —El «Land Rover» se adentró en el arroyo por su parte menos profunda y más vadeable, por tanto—. Un *hippie* es un ser humano. Con los mismos derechos que los demás, ¿no cree?

—Váyase al diablo, Smithers. Disfruta usted llevando la contraria a todo el mundo.

—No —rio Smithers de buena gana—. Sólo disfruto llevándole la contraria a usted.

Y una doble cortina de agua lateral se elevó, salpicándoles, cuando el *jeep*, a buena marcha, salvó la parte más profunda del arroyo, entre juramentos del *sheriff* Mulder, para luego remontarse por una orilla fangosa, entre cañaverales, y salir de nuevo a terreno firme, en el otro lado.

Encima de ellos, las estrellas eran luces lejanas y frías. Alrededor, el paisaje abrupto, pedregoso, era una desoladora zona sombría, con los cactus, como rígidos gigantes, elevándose allá en el horizonte, recortados contra el cielo estrellado de la primavera en el sudoeste. Nada hacía suponer que una de aquellas remotas luces celestes se hubiera podido descolgar de su cósmico techo, para descender sobre la Tierra.

—Es un silencio impresionante, ¿no cree? —comentó Smithers de repente, parando su coche «todo terreno».

Buscaban en vano la fosforescencia entre los peñascos. No vieron nada. Sólo oscuridad, formas rocosas, caprichosas y ásperas.

—Siempre hay silencio aquí —rezongó Mulder, nervioso—. ¿Qué esperaba oír?

—Aullidos de coyotes —señaló su comisario—. Son muy frecuentes aquí.

Mulder no dijo nada. Se mantuvo silencioso, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua. Los ojos le brillaban como rescoldos, al reflejo de los astros lejanos. Smithers, aprensivo, se apoyaba en el

volante del jeep.

—Cierto —admitió al fin Mulder, con un suspiro—. No se oye ningún coyote. Es raro en este paraje.

—Y tan raro —convino secamente Smithers.

Ambos hombres se miraron. Como en un tácito acuerdo, Mulder tomó su potente rifle calibre 44. Lo puso en situación de disparo accionando su cerrojo. Era un arma de gran precisión y contundencia, incluso para caza mayor. Además, tenía una carga de dieciséis proyectiles. Y mucha rapidez en el disparo.

Smithers, a su vez, estaba apoyando la mano en la culata de su única arma: el revólver reglamentario. Un «Colt» calibre 38, de seis tiros. Acostumbraba a ser un buen compañero en aquellas latitudes. A Smithers nunca le gustaron las automáticas tipo «Browning». No iban con él ni con las necesidades del condado.

—Quédese en el *jeep*, con el radioteléfono —señaló Mulder, secamente. Saltó la portezuela del «Land Rover» sin abrirla. Sus largas piernas tocaron el suelo húmedo y arcilloso—. Yo voy a investigar. Estoy seguro de que la luz verde brilló allá, entre esos peñascos. Justamente en la grieta.

La grieta. Smithers miró en esa dirección. No comentó nada. Pero pensó que su jefe estaba en lo cierto. Aquella claridad fosforescente pudo venir muy bien de aquel punto. Es más, estaba seguro de que no existía error en la apreciación de Mulder. No simpatizaba demasiado con el *sheriff*, pese a ser su subordinado, ni tampoco, se empeñaba en demostrar otra cosa, pero lo cierto es que Mulder no era ningún tonto, por muy odioso que resultase en su modo de pensar y de ser.

—Conforme —dijo, sordamente—. Yo le cubriré, por si sucede algo.

—No creo que haga falta —rio entre dientes Mulder, dando un palmetazo en su arma—. Con esta compañera, veo difícil que nadie me ponga en apuros.

Smithers se encogió de hombros. Así era Mulder. No aceptaba nunca su posible inferioridad ante nadie. Su complejo de superioridad era a veces irritante.

Empuñó el comisario su «Colt». Lo amartilló con lentitud, cubriendo con el largo cañón azul y frío la marcha de su jefe, hacia la agrupación de peñascos de enfrente. No estaba muy seguro Smithers de que no estuviese ya salvando Mulder la divisoria imaginaria con el condado de Cactus, pero en las circunstancias actuales, y a aquellas horas de la noche, resultaría ridículo detenerse en apreciaciones de simples yardas.

El objeto caído del cielo —si es que había caído alguno— podía ser tan importante para ellos como para Cactus County o para toda la nación.

Mulder se movía paso a paso, haciendo crujir las piedrecillas y arbustos raquíuticos bajo sus botas polvorientas. Entre las manos, el rifle era un elemento contundente y demoledor, capaz de tumbar un búfalo, si hubiese quedado alguno con vida en la región, a más de cien yardas de distancia.

Si la fosforescencia verde estuvo alguna vez ante él, en aquella gruta justamente... no había ahora el menor rastro de ello. Ni allí, ni en ninguna otra parte adonde alcanzase la vista.

De repente, sucedió.

—¡*Sheriff*, el motor...! —jadeó Smithers, a su espalda—. ¡Está trepidando!

Mulder sintióse sobresaltado y confuso por un momento. Giró la cabeza, sin entender. Vio vibrar extrañamente el *jeep*, como si la tierra temblase. Pero no había el menor indicio de movimiento sísmico.

Smithers, sentado al volante, veía trepidar todo el coche, pero aquella trepidación, violenta y rítmica, provenía sin duda del motor del *jeep*. Clavó los ojos en el *tablier*. La pequeña brújula giraba alocadamente, como si el norte magnético se hubiese vuelto repentinamente loco.

Mulder trató de volver apresuradamente hacia el vehículo, para averiguar la razón de tan insólito fenómeno. Pero no tuvo ocasión. No entonces, cuando menos.

Delante de él, súbitamente, la luminosidad verde había vuelto a ser visible.

Y con ella... los Monstruos

* * *

Los Monstruos.

Eran tres. Tres seres abominables, espeluznantes. Las tres más horribles y deformes criaturas que jamás viera o imaginara Mulder.

La luminiscencia verdosa les envolvía como un halo. El color de los tres resultaba indefinible, sin embargo. Era de una lividez dantesca. Parecían como productos de desecho, a base de miembros informes, entre reptantes y elásticos. Su faz, o lo que ello fuese, era un cúmulo de bultos, iguales que goterones. El cuerpo, si cuerpo era realmente, no tenía la menor semejanza con las formas humanas o animales

conocidas.

Aquellos entes alucinantes se movieron hacia Mulder. Agitaron sus miembros. De unas aberturas en la masa informe de la cabeza brotaron sonidos guturales...

Además, los cuerpos vivientes despedían un extraño hedor que hirió el olfato de Mulder. Era un vaho nauseabundo, que pareció flotar pesadamente en torno al *sheriff*. Este, horrorizado, dio un paso atrás.

Los Monstruos lo dieron hacia adelante.

Parecieron deslizarse, reptar, dejando unas huellas viscosas, fosforescentes, en el suelo pedregoso. El volumen de cada uno de aquellos tres entes infernales podía considerarse levemente inferior al de un ser humano. Pero su fealdad delirante impedía que Mulder o Smithers advirtieran tal detalle. Para ellos, aquello representaba una amenaza latente y aterradora..., aunque en ningún momento los Monstruos hicieron el menor gesto agresivo...

Repentinamente, Mulder lanzó un alarido y apretó el gatillo de su arma, corriendo hacia atrás, en busca de la protección del *jeep*.

El rifle disparó una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces, en la vertiginosa carrera atrás del representante de la ley. Los proyectiles se clavaron violentamente en los cuerpos de los extraños seres.

Entre llamaradas y estampidos de la poderosa arma, Smithers, aterrorizado, lívido, pero sin accionar una sola vez el gatillo de su «Colt», asistió a una escena pavorosa y patética a la vez.

Las criaturas se agitaron trémulas, como sacudidas por alguna fuerza desconocida. Una de ellas se desmoronó, derramando por su epidermis rugosa y repugnante un líquido viscoso, abundante, en nada parecido a sangre alguna de ningún ser viviente.

Otra cayó atrás, golpeándose en las rocas, con bramidos ahogados y terroríficos. La tercera, como desorientada, dio media vuelta, iniciando su retirada.

La fosforescencia verde aumentó tras ellos. El *jeep* trepidó aún más. Atónito, Smithers observó que la batería del vehículo se ponía virtualmente al rojo vivo. Luego se produjo un poderoso chispazo en ella, y el vehículo comenzó a arder violentamente. Estalló la gasolina, cuando ya Smithers corría fuera del vehículo, en tanto Mulder, como loco, barría a balazos a los dos supervivientes en pie, tanto al encogido sobre las rocas como al que buscaba la evasión.

Los alcanzó fatalmente, y los convirtió en una doble criba goteante, que se vino al suelo de modo inevitable. El trío de Monstruos estaba

virtualmente liquidado. La luminiscencia verde comenzó a amortiguarse. El *jeep* ardía violentamente, y Smithers, con un brazo envuelto en llamas, se precipitaba, aullando, al fondo de las aguas del arroyo.

Demudado, desorbitados sus ojos por el horror y el odio, Mulder siguió disparando sobre los cuerpos informes abatidos, hasta sentir vacío el cargador.

Rápido, febril, sintiendo correr el sudor sobre su rostro, repuso algunas balas en el arma. Y justamente entonces, sonó la voz potente:

—¡No se mueva, Mulder, si no quiere que le cosa yo ahora a balazos!

Asombrado, virulento también, el *sheriff* alzó su rifle, con un juramento soez, dispuesto a replicar a tiros a quien hablaba ahora su propia lengua.

Se contuvo al ver, al resplandor de las llamas del «Land Rover», la figura erguida, vestida de color avellana claro, de un hombre joven, vigoroso y enérgico, de piel negra y brillante, de ojos grandes y penetrantes. Iba armado de un rifle menos potente que el suyo, pero que a esa distancia, en unas manos de ébano que no temblaban lo más mínimo, podía volarle la cabeza con la mayor facilidad del mundo.

El hombre, además del rifle, lucía en su camisa impecable la estrella metálica del *sheriff*.

—Robeson... —silabeó con ira Mulder—. ¡No se meta en esto! ¡Es mi problema, y estoy enfrentándome quizá a una invasión extraterrestre!

—No sé a lo que está enfrentándose, Mulder, pero hizo esos disparos en mi jurisdicción. Está usted pisando suelo del condado de Cactus. Y estoy dispuesto a mantener mi propia autoridad en él, sin injerencias de nadie. Menos aún de usted, ¿está eso claro?

CAPÍTULO I

El coronel Westbrook meneó la cabeza enfáticamente, tras mirar a ambos hombres.

—No sean ustedes chiquillos —dijo—. Olviden sus diferencias personales. Ambos representan a la ley. Y están obligados a defender a la sociedad que les eligió para ello.

—Yo cumplí mi deber, coronel —replicó Mulder, tajante—. Aquellos monstruos eran un peligro, una amenaza evidente. Los abatí con mi arma. ¿Qué otra cosa se podía hacer?

El militar clavó sus ojos en Mulder. No dijo nada. Volvió luego la cabeza hacia un silencioso testigo de la escena. Este, con su brazo en cabestrillo y el rostro cubierto de esparadrapos y apósitos, escuchaba sin intervenir, sentado algo aparte de todos los demás.

—Usted, comisario Smithers, ¿tiene algo que alegar a todo eso? —indagó Westbrook.

—No lo sé, señor —suspiró el comisario, aturdido. Su rostro conservaba una ostensible palidez—. Sólo sé que el coche trepidaba, que el motor temblaba, que la aguja de la brújula bailaba como loca... y que la batería estalló con un chispazo, incendiándolo todo...

—Ya. ¿Algún arma utilizada por los Extraños? —sugirió el coronel.

—Yo no vi ninguna, señor. Pero aquello era insólito, inexplicable...

—Acaso fue una radiación, no sé... —El militar hizo un gesto dubitativo. Era evidente que se sentía tan desorientado como todos. Volvió su atención al protagonista central del suceso, el *sheriff* Ian Mulder, del condado de Canyon[1]. Le hizo una pregunta incisiva: ¿Le atacaron aquellos seres de alguna forma, *sheriff*?

—Venían hacia mí emitiendo gritos horribles. Su aspecto era pavoroso. ¿Quiere usted mayor prueba de ataque, coronel? Además, si

son realmente seres de otro mundo, ¿a qué otra cosa vendrían a nosotros, sino a atacarnos y dominarnos? Es la clásica invasión interplanetaria, ¿no es cierto?

—Sí, imagino que sí —admitió el coronel, con firmeza—. Sólo que hasta ahora, todo eso fue simple fantasía. Y podemos estar ante una realidad. Una dramática realidad de imprevisibles consecuencias, caballeros. ¿Se imaginan la invasión de unos monstruos capaces de provocar la vibración y explosión de motores y baterías eléctricas? Acaso utilizan una onda de radiaciones especiales que nosotros desconocemos. Oh, todo esto suena tan ridículo...

—Pero lo que sucedió no es ridículo, coronel —le recordó Mulder.

—Yo insisto —terció Robeson—. El hecho tuvo lugar en mi condado. Mulder no tenía por qué intervenir en ello sin avisarme previamente a mí.

—¡Yo no sabía que pisaba su condado, Robeson! —aulló Mulder.

—Aunque lo hubiera sabido, lo hubiesen hecho todo exactamente igual —le acusó fríamente el *sheriff* de color.

—Escuche, maldito negro. Le voy a...

—Espere, espere —cortó vivamente el militar—. No siga por ahí, Mulder. No toleraré que se peleen como necios. No es usted quién para insultar a otro representante de la ley que, además, tiene razón en algo: el lugar del suceso pertenece a Cactus County.

—¿Cree que yo iba a extender una solicitud legal de intervención o a pedir ayuda oficial por medios burocráticos, con aquellas horribles bestias encima de mí? —masculló Mulder.

—Admito que no. Pero debe un respeto a su colega. Robeson es *sheriff* como usted. Y, como usted, elegido por el pueblo. No me gustó la alusión a su raza o color, Mulder.

—No importa demasiado, coronel —sonrió secamente, Robeson—. Estoy acostumbrado a eso. Lo que quisiera saber es qué va a hacerse ahora. Lo ocurrido ya no tiene remedio. Y esos... esos seres, fuesen quienes fueren, están en mi propio condado, en mi depósito de cadáveres... y despiden un hedor insufrible. No sabemos *qué o quiénes* son. Según mi forense, el doctor Reeves, están clínicamente muertos, aunque sobre la autopsia no sabe qué hacer porque aquello no se parece en nada a lo conocido, humano o animal.

—Eso se resolverá en seguida —afirmó Westbrook—. El Servicio de Seguridad ha recibido ya mi informe, y también el Pentágono. Enviarán personal especializado, militar y científico. Este lugar va a convertirse

en un punto quizá vital para todo el país. Pero, eso sí, insisto en cuanto antes les dije: nada de curiosos, nada de periodistas, nada de noticias o informes a nadie. Todo esto, por ahora, y en tanto decidan en Washington... es *Top-Secret*. La menor indiscreción llevará aparejada una grave sanción para el infractor. Sea quien fuere, recuérdenselo bien.

—No lo olvido —suspiró Mulder—. Pero ya la gente sabe algo, intuye algo... Hay rumores...

—Acállelos. Nieguen toda información. Es una orden —dijo Westbrook, seco—. Y no necesito recordarles que, de momento, la zona está militarizada. Y, por tanto, ustedes también.

—Sí, señor —afirmó el *sheriff* Robeson. Su oscuro rostro reveló recelo—. Hemos buscado la posible nave o lo que fuese aquello que producía la luz verde mencionada por el *sheriff* Mulder y el comisario Smithers. No había nada visible. Sólo rocas y vegetación. Pero, eso sí, hay indicios de quemaduras amplias, como si algo hubiese rozado la zona, calcinando un sector de hierba.

—Todo eso va a ser analizado inmediatamente por los expertos. —El coronel consultó su reloj—. Dentro de una hora, como máximo, el personal técnico estará aquí.

—Sospecho que también los periodistas —suspiró Smithers, desde su asiento—. La gente ha visto el *jeep* quemado, ha oído algunos de los comentarios inevitables del *sheriff* y de mí... y tratan de acercarse a la zona clave.

—No lograrán nada —cortó Westbrook—. La Prensa ha recibido prohibición de inmiscuirse en la cuestión. Se les alegó que es alto secreto militar, posiblemente relacionado con misiles de alguna potencia extranjera. Eso calmará de momento su curiosidad morbosa. En cuanto a la gente, espero que los policías patrulleros y mis soldados mantengan acordonada la zona, en espera de lo que nos aconsejen las circunstancias ulteriores, caballeros.

Todos se miraron entre sí. Mulder y Robeson, con frialdad. Este último manifestó, gravemente:

—De todos modos, sigo preguntándome algo, coronel Westbrook.

—¿Qué? —indagó el militar.

—Cuáles serían las intenciones de esas feas criaturas...

—No parece haber dudas sobre ello, Robeson. Agresivas. Era... era una invasión, me temo. O el principio de algo peor.

—Sí, eso es lo que siempre se ha dicho. —Robeson se frotó el mentón, pensativo. Luego, meneó la cabeza, de lado a lado, con aire

dubitativo—. ¿Pensaríamos igual si en vez de ser tan horribles hubieran sido unos seres de hermoso aspecto, coronel?

Westbrook enarcó las cejas, perplejo. Pero sin esperar su respuesta ni la de ningún otro, el *sheriff* de piel oscura salió de la estancia.

Solamente Smithers, con ojos entornados, reflexivos, siguió con su vista fija en la puerta que acababa de cerrarse tras el hombre de la ley en Cactus County.

* * *

—Lo siento, doctor. No puede pasar.

—¿Cómo? —se sorprendió el joven conductor del automóvil, contemplando perplejo al uniformado agente de la patrulla de caminos que le cerraba el paso—. Supongo que lo dirá en broma.

—¿Usted cree que me he situado aquí para bromear con los automovilistas, sobre todo cuando uno de ellos es el médico rural de la zona? No, doctor Hendrix. Le he dicho la pura verdad. No hay paso libre. Son órdenes.

—Tomar el atajo me llevará tiempo —reflexionó el joven médico, contrariado, frotándose el mentón—. Debo rodear las colinas, volver al pueblo y...

—Le recomiendo que no pierda su tiempo estérilmente, doctor. Tampoco le dejarán paso por el atajo.

—¿Qué? —se asombró el doctor Hendrix—. Eso no es posible.

—Vaya si lo es. Allí no hay un coche-patrulla de Highways, sino un grupo militar armado. No permiten el paso bajo pretexto alguno.

—Pero... ¡pero yo tengo que ver a dos pacientes dentro de esa región! —estalló Hendrix—. ¡Y uno de ellos está grave, entiéndalo!

—Yo lo entiendo todo. Y le comprendo muy bien, doctor. Pero debo obedecer órdenes.

—¿Qué clase de órdenes pueden ser esas, que dejan a un enfermo indefenso ante su mal, como en cualquier lugar incivilizado? —protestó Hendrix, airadamente.

—Si quiere, utilice mi radioteléfono, doctor —trató de calmarle el patrullero—. Avise al doctor Reeves, el forense de Cactus County. O al doctor McAdams, de Medicina Rural del mismo condado. Ellos se ocuparán de sus pacientes sin pérdida de tiempo. Son los únicos autorizados por el momento a circular por la zona prohibida.

—Zona prohibida... —repitió, perplejo, Hendrix, frunciendo el ceño

—. ¿Qué significa eso, exactamente?

—Sé tanto como usted, doctor —se encogió de hombros el patrullero

—. Y aunque lo supiese, por lo que he oído decir a los soldados y oficiales, tendría que responderle igual. Parece que es algo así como *top-secret*.

—*Top-secret*... —Hendrix arrugó el ceño—. ¿Eso tiene algún sentido?

—Debe tenerlo, aunque no se me alcanza, doctor —confesó el patrullero, con sinceridad.

—Alguien me dijo que anoche fue visto una especie de fuego verde en el cielo, cayendo hacia la zona de las colinas —recordó Hendrix—. ¿Pudo tener eso algo que ver con...?

—Pudiera ser —aceptó el policía, con cierta sequedad—. Hay quien dice que la NASA anda en esto y ha perdido algún cohete valioso, otros que es un misil ruso o chino... ¡Cualquiera sabe, doctor! Son simples hablaturías. Yo, personalmente, nada he visto. Ni quiero verlo. Mi esposa es demasiado chismosa para poderle guardar el secreto mucho tiempo.

En el coche patrulla de la Highway Patrol, sonó el radioteléfono. Se disculpó el agente, corriendo a atender la llamada. Pero otro compañero, armado de revólver como él, salió del coche, cubriendo su puesto de vigilancia. El doctor Hendrix supo que no había remedio posible. Y dio media vuelta, regresando con su coche hacia la carretera principal.

La mirada penetrante del joven médico rural se fijaba obstinadamente en el agreste paisaje árido. No entendía lo que estaba sucediendo, pero si el Ejército había hecho acto de presencia en el condado, era por algo. Ahora empezaba a explicarse por qué aquellas gentes, en grupos, habíanle intrigado a mediodía, en la población y en sus cercanías. Sin duda, todo eran rumores respecto a lo que sucedía en el sector acordonado.

Se detuvo en la granja de los McIntire y pidió utilizar su teléfono. Ellos accedieron, mirándose entre sí y mirándole a él con aire pensativo. Había algo en sus ojos: un interrogante, acaso una duda profunda e inquietante. Pero no la expuso. Ni él hubiera podido resolvérsela tampoco.

Llamó al doctor McAdams. No estaba en casa, pero le atendió un familiar, su sobrino. Le encargó que visitase al viejo Karrigan, el granjero. Padecía una diabetes crónica, y requería cuidados extremos. También la señora Higgins, pero ella era de tipo nervioso, y le bastaría

con sus calmantes y vitaminas. El doctor McAdams sólo tendría que visitarla un momento para darle confianza.

Colgó, preocupado. Había otros pacientes, pero tendrían que esperar también. Al parecer, todo tenía que esperar ahora, si existía un *top secret* militar en la zona. Sacudió la cabeza, dando las gracias a los McIntire y dirigiéndose a la salida de su granja.

—Un momento, doctor —le llamó la señora McIntire de pronto.

—¿Sí? —se volvió Hendrix vivamente—. ¿Decía algo, señora?

—Quería saber qué sucede.

—¿Sucede algo, en realidad? —indagó el doctor Hendrix, enarcando las cejas.

—Eso es lo que yo me pregunto. Demasiados policías, incluso soldados... Y rumores, doctor. Muchos rumores.

—Rumores... —Hendrix sacudió la cabeza—. Siempre los hay, señora. No haga demasiado caso a todos ellos, se lo aconsejo.

—Es que incluso he oído decir que... que nos invaden los marcianos, doctor.

Hendrix se echó a reír de buena gana. Aún reía cuando subió a su coche, y antes de ponerlo en marcha, agitaba su mano, despidiéndose de los McIntire con unas pocas palabras:

—La verdad, esa sería la más fascinante de todas las experiencias imaginables. —Y volvió a reír, poniendo en marcha el vehículo y alejándose de regreso a Canyon town

Pero luego, cuando estuvo algo alejado de la granja, arrugó el ceño, miró a las colinas y se repitió a sí mismo, entre dientes:

—Marcianos... ¡Bah! Eso es un absurdo... Sufrimos siempre la misma psicosis: invasiones extraterrestres y cosas así... Creí que tales cosas se habían superado ya hacía tiempo. Y la gente vuelve a las andadas: luces verdes que caen del cielo, marcianos, también verdes sin duda alguna, como marca la tradición... ¡Cielos, qué locura! Pero de todos modos, algo ocurre en esa zona... ¿Qué podrá ser ello?

CAPÍTULO II

El doctor Reeves, forense del condado de Cactus, se enjugó el sudor, caminando entre los soldados con casco de acero y fusil ametrallador, en dirección al rectangular, blanco edificio de la Morgue de Cactus Creek, capital del condado. A la puerta del edificio, también un policía rural armado montaba guardia. Todo parecía allí tremendamente controlado y vigilado. Los curiosos eran ahuyentados, pero aun así, formaban corros a prudencial distancia, comentando excitadamente entre sí.

El *sheriff* Duke Robeson abría la marcha, rifle en mano. Su rostro de ébano, joven y vigoroso, no reflejaba emoción alguna. También la transpiración humedecía su piel, haciéndola brillar. El día era cálido, bochornoso casi, presagiando la proximidad de un ardiente verano.

Se hizo a un lado el policía. Robeson giró la llave en la cerradura. Entró, seguido por el forense y un soldado. La puerta se cerró nuevamente tras ellos. Los curiosos hubiesen dado algo por entrar allí y seguir el curso de los acontecimientos. El doctor Reeves, protagonista de la situación, hubiese dado eso y mucho más por no entrar.

Porque la tarea que le aguardaba ahora al veterano médico forense no era precisamente agradable ni mucho menos. Sólo recordar aquello que examinara superficialmente, tras el tiroteo, le producía escalofríos. Las criaturas cosidas a balazos por el *sheriff* Mulder, distaban mucho de ser gratas a la vista. Y ahora, tener que diseccionarlas para la obligada autopsia... no era una labor envidiable.

Pero estaba obligado a hacerlo. Desconocía la naturaleza real de aquellos seres. En escaso tiempo llegarían expertos de la NASA, de las Naciones Unidas, del Centro Nacional de Ciencias, del Instituto de Biología de Nueva York y de Houston... Mientras tanto, debía continuar la labor él. Y esa presunta autopsia, o lo que resultase real, era el paso

forzoso.

El largo, umbrío corredor, fresco y en penumbras, repetía con lúgubres ecos las pisadas de los tres hombres. Al fondo, ante una puerta vidriera de madera esmaltada en blanco, otro hombre armado, de la misma raza que Robeson, montaba asimismo guardia, rifle en mano.

Las precauciones tomadas eran máximas. Nadie, absolutamente nadie, podía llegar hasta el lugar hermético, donde debidamente refrigeradas, se conservaban las criaturas sin vida. El doctor Reeves se acarició, pensativo, sus ralos cabellos canosos. La cansada mirada, tras las gruesas gafas de montura de carey, revelaba disgusto. E incertidumbre también.

—Me pregunto qué vamos a encontrar en ellos, *sheriff* —musitó.

—Sí, yo también me lo pregunto —admitió Robeson, sobriamente.

Siguieron adelante. El médico vaciló, antes de hacer otra pregunta tímida:

—¿Usted... usted ha visto a... a esos, *sheriff*?

—No —confesó el hombre de la placa de metal bruñido—. No he vuelto a abrir el frigorífico especial en que se conservan. Lo hice precintar. No sólo yo, sino absolutamente nadie, pudo abrir ese compartimento. Ha sido una medida preventiva, sugerida por los expertos en biología de la NASA, doctor, cuando me comuniqué con ellos por radio.

—Sí, quizá haya sido una buena medida. ¿Cree que la temperatura a que hayan sometido a esos cuerpos desconocidos pueda ser la adecuada?

—Hemos tenido que correr todos los riesgos previsibles situándolos en estado de absoluta congelación. Es la única manera de evitar complicaciones. Ningún cuerpo biológicamente compuesto en lo que nuestro conocimiento concibe, puede sufrir daño por congelación.

—Sí, usted lo ha dicho, *sheriff*: en lo que nuestro propio saber concibe. ¿Será igual en otros mundos?

—No lo sé, doctor. Ese es el riesgo corrido —suspiró apagadamente Robeson.

Llegaron ante la puerta del depósito. El agente de Robeson se hizo a un lado, informando escueto:

—Sin novedad, *sheriff*. Nadie ha pretendido entrar aquí. Nadie ha telefonado tampoco a la centralilla especial inmediata a este depósito.

—Claro —rio Robeson—. Hice bloquear todas las líneas. No quiero más problemas de los que existen ya aquí. Vamos, doctor. Nuestras

extrañas criaturas en hibernación nos esperan. Es un privilegio del condado de Cactus. Luego, posiblemente, no volveremos a ver más a los desconocidos. Se los llevarán a Washington, los analizarán tejido a tejido, célula por célula... y sólo Dios sabe si alguna vez será realmente informado el mundo de este suceso [2].

—¿Por qué no comunicar lo sucedido, si realmente! tiene su origen en otro planeta, *sheriff*? Creo que es algo; de interés mundial.

—Muchas cosas de interés mundial se ocultan al mundo en todas las épocas, y sobre todo en la nuestra, a pesar de los medios informativos —comentó Robeson, irónico—. Los gobernantes temen el pánico colectivo, las crisis políticas o religiosas, y tantas otras cosas... No, doctor, no sea iluso. No todo lo que la gente debería de conocer llega a su conocimiento. Y esto, menos que otras cosas aún...

Entraron en el depósito propiamente dicho, sin ningún otro comentario. Allí, el siempre gélido ambiente de la muerte, pareció oprimir a ambos hombres. Robeson cerró cuidadosamente tras de sí. El doctor Reeves, con su valija de material para autopsias, se quitó su chaqueta, para ponerse la aséptica bata e iniciar la ingrata tarea, aislado de todos, en un clima opresivo de alto secreto y discreción total.

Robeson caminó hacia los compartimentos frigoríficos de los cadáveres. Uno, en particular, ofrecía una doble tira adhesiva, en aspa, y un precinto oficial, con sello, marcando el hermetismo de aquel cierre. Dentro, tres formas extrañas a lo conocido en el mundo, esperaban el instante de ser diseccionadas por el bisturí médico, en busca de algo biológicamente concreto en su composición física. A fin de cuentas, a partir del hidrato de carbono, toda forma de vida era posible, al menos en lo que la mente humana concibe la vida. Reeves comenzaba a dudar incluso de ese principio físico. ¿Y si había otras formas de vida sin hidratos de carbono, sin oxígeno, sin nada de cuanto conoce el hombre para concebir la vida orgánica?

Eso era lo más fascinante del gran enigma a desentrañar ahora. Luego, en grandes laboratorios y centros investigadores de la nación, biólogos, científicos de todas las especialidades, hurgarían en aquellas formas de vida posiblemente ignotas. Pero esto, humilde, silenciosa, calladamente, en un cálido condado del Sudoeste, de un modo casi rural y provinciano, estaba empezando precisamente ahora.

—Bien, doctor —murmuró Robeson, calmoso—. Ahora empecemos la tarea. Y que Dios nos ayude.

—¿Nuestro Dios... o el de ellos? —dudó el doctor Reeves, ceñudo.

—Doctor, creo que debe ser el mismo —declaró el *sheriff* negro, con fe—. El de todas las cosas vivas del Universo.

Rasgó violentamente los dos precintos cruzados, rompiendo el sello. El agente, testigo de todo, esperaba a un lado, grave y poco animado ante la posibilidad de presenciar la fascinante existencia de otros mundos. Evidentemente, eso era algo que le traía sin cuidado.

Luego, Robeson tiró de la puerta del frigorífico fúnebre. Salió la caja refrigerada, marcando una elevada cifra de grados bajo el nivel de cero. El hielo cubría todo su interior.

Sólo el hielo...

—¡Dios mío! —aulló el *sheriff* de color, desorbitando sus ojos—. ¡No hay nada! ¡Está vacío!

* * *

El doctor Gary Hendrix abrió la puerta de la habitación. Se acercó con paso firme al lecho.

Los ojos apagados de Selena Ross parecieron buscarle en vano. Aunque no pudieron encontrarlo, el rostro se le animó súbitamente. La sonrisa floreció en sus labios habitualmente pálidos. Casi tanto como su propio rostro ovalado, que un día fuera juvenil y radiante, y que ahora sólo era joven y triste.

—Doctor... —murmuró—. Eres tú, ¿verdad, doctor?

—Sí, Selena —asintió él—. Soy el señor doctor... ¿Cómo va todo?

—Como siempre —suspiró ella, tras reír un momento. Se tocó la piel de sus mejillas—. El sol calienta. Debe hacer un día espléndido. Pero yo no lo veo. No veo nada. Habrá mucha luz. Yo tampoco la veo.

—Eh, ¿qué es eso? —protestó el joven médico, llegando hasta el lecho—. Te dejé llena de esperanzas, Selena. Y te encuentro... llena de comentarios amargos. ¿Qué ha ocurrido en mi ausencia?

—Nada, Gary. Absolutamente nada. Eso es lo malo. Cuando los ojos quedan ciegos, nunca ocurre nada...

La contempló, muy fijo. Aquellos hermosos ojos verde oscuros, bajo el flequillo rojizo, color cobre viejo, herido por el vivido sol caliente... Hubiera dado algo por devolverles la vida, la luz, la alegría... Y no podía. No sólo él, que era un simple médico rural. Tampoco los oftalmólogos de Phoenix, de Santa Fe, de Houston y Dallas. Ninguno pudo hacerlo. El veredicto era definitivo: nadie podía devolver la vista a Selena Ross. La lesión del nervio óptico era decisiva. Definitiva.

Incurable, en suma.

—Estás en un error —suspiró Hendrix—. Siempre ocurre algo a nuestro alrededor, Selena. Aunque nosotros no lo veamos. Y no hablo sólo de ti.

—Imagino adónde vas a parar —la sonrisa de ella fue vaga, como forzada—. Tengo oídos. Y hay rumores en todas partes, incluso aquí, en el hospital.

—Ya. ¿Te han contado algo?

—Nada concreto. La gente dice cosas. Y cosas contradictorias. Unos hablan de cohetes soviéticos en las colinas. Otros, de un peligro de guerra mundial con China continental. E incluso los hay que recuerdan a Welles y su famosa emisión de radio, hace años...

El doctor Hendrix rio de buena gana. Sacudió luego la cabeza, volviéndose serio al recordar las patrullas camineras, la alusión a soldados, el aislamiento misterioso de las colinas fronterizas entre Canyon County y Cactus County... Se inclinó. Tomó una mano de Selena Ross. Estaba fría, casi temblorosa.

—¿Marcianos? —comentó, tratando de mostrarse jocos—. No lo creerías, ¿no?

—¿Qué más da? —se encogió ella de hombros—. Para mí, rusos, chinos o marcianos no diferirán gran cosa en su presencia física, aunque los tenga al lado, Gary.

—Cierto —se mordió el labio inferior, oprimiendo aquella delicada, suave mano femenina—. Quizá ese sea uno de los grandes problemas de los demás. Tener la facultad de ver, a veces, puede no ser aconsejable.

—¿Qué quieres decir? —se intrigó ella—. Sabes lo que significa perder la vista, quedarse ciego, como me he quedado yo, Gary. No trates ahora de endulzarme el acíbar.

—No es eso, Selena. Me refería a un problema del ser humano, cuando se enfrenta a lo desconocido.

—¿Qué problema?

—La xenofobia.

—¿Xenofobia? —repitió ella, perpleja.

—Sí, ya sabes: horror, odio u hostilidad a todo lo extraño, a lo que venga de fuera... Es un mal tan viejo como la propia civilización humana. El maniqueísmo de las sociedades es realmente terrible a veces. Sólo entienden de dos facetas: lo bueno y lo malo, sin matices. Nosotros, los humanos, somos el lado bueno. Lo ajeno puede ser el mal. Un extranjero es casi siempre el perverso que nos ataca. Y no nos damos

cuenta de que nosotros mismos nos atacamos mutuamente desde el principio de los tiempos.

—¿Por qué hablas de todo eso, Gary? —musitó ella, sorprendida.

—No sé... Hoy me hablaron de marcianos y cosas así. Tú has oído hablar de posibles invasores extraterrestres. Me pregunto qué habrá de cierto en todo eso. Imagino que nada, pero si lo hubiese, ¿cómo acogerían en nuestro bendito mundo a los visitantes, Selena, si fuesen demasiado diferentes a nosotros?

—No puedo imaginarlo. Podrían ser, incluso, más hermosos.

—¡Más hermosos! —repitió con sarcasmo Gary Hendrix—. Cielos, Selena... ¿Crees que la especie humana aceptaría esa hipotética hermosura, siendo ellos diferentes? Cualquiera cosa no terrestre, por hermosa que pudiera ser, sería fea, monstruosa acaso para nuestro limitado y torpe concepto de lo bello y de lo feo.

—Lo físico nunca puede ser un problema, una frontera para nadie que posea inteligencia, sensibilidad, que sea inofensivo e incluso trate de ser amigo de los demás —alegó Selena.

—Dile eso a los negros, a los pieles rojas, a los orientales... Ellos posiblemente te podrían decir que los prejuicios no les dejaron demostrar su amistad hacia los otros. Ni tan siquiera les dejaron vivir...

—Ahora no puedo ver el color de la piel de un hombre, Gary —dijo Selena Ross, con tono calmado—. Tampoco su aspecto físico, hermoso o repulsivo. Sin embargo, nunca tuve prejuicios. Tengo amigos de color. El *sheriff* Robeson es uno de ellos. Un gran muchacho: inteligente, honesto, cordial... ¿Por qué no habría de aceptarle como amigo? Igual que él me admite a mí siendo yo de otro color diferente al suyo. No debe haber tolerancia ni paternalismo en el mundo, Gary. Sólo fraternidad absoluta. Igualdad para todos.

—Hermosa frase. Se podría escribir en un monumento. Pero duraría poco. O nadie la leería, Selena —el joven médico se puso en pie. La miró, pensativo—. Ahora dejemos todo eso. No creo que existan los famosos marcianos. De cualquier modo, está bloqueado el acceso por carretera. Algo sucede en ese sector, aunque yo ignore lo que ello sea. Puede que solamente se trate de algo estratégico, sea científico o militar. En nuestros tiempos, todo eso resulta demasiado complejo.

—¿No has podido visitar a tus pacientes de esa zona?

—No, a nadie. La prohibición es tajante. Por eso creo que lo que suceda es importante. No me preocupa personalmente. Sólo me preocupan mis pacientes, Selena, Pero no puedo hacer nada por cruzar

las barreras puestas por policías y soldados. El doctor McAdams intentará cubrir mi ausencia mientras duran esas medidas.

—Bien, doctor Hendrix —volvió el sentido del humor a la voz suave y educada de Selena. Su verde, bella mirada, ahora tan vacía y distante, pareció buscarle en vano, una vez más—. ¿Qué tiene usted que decirme sobre mi propia marcha clínica?

—Poca cosa, desgraciadamente —suspiró Hendrix—. Quisiera ayudarte mucho más, Selena. Pero se hizo todo lo posible. Ahora debes tener resignación. Sé que es difícil aceptar estas cosas, pero no hay otro camino, Selena. Puedes pasar aquí un tiempo, adaptándote a tu nueva vida.

—Mi nueva vida... —musitó ella, con amargura—. ¿A qué puede llamársele así, Gary?

—No sé... Sólo puedo decirte una cosa, Selena: mis palabras no son la clásica retahíla de conformismo de un ajeno al problema. Mi abuelo paterno estuvo ligado de por vida a una silla de ruedas por la polio. Y mi más querido tío, el bueno de Selwyn Hendrix, era ciego, Selena.

—Ciego...

—Como tú lo eres ahora. No de nacimiento, sino por una dolencia implacable. No por accidente brusco, sino de modo paulatino, sabiendo de antemano que se quedaría ciego. Yo era un muchacho entonces. Adoraba a tío Selwyn. Y le vi cegar de modo paulatino. Sin remedio, sin esperanza alguna...

—Lo siento, Gary —ahora fue ella quien, con sorprendente tino, encontró su brazo en un rápido ademán, y lo presionó con fuerza—. No sabía eso. Pero quiero que me comprendas. Que sepas lo que siento en estos momentos,

—No necesitas decírmelo, Selena, Es fácil imaginar lo que sientes.

—Gary, quisiera que hablásemos más de todo esto..., pero dentro de algún tiempo —suspiró, echando atrás la cabeza, que reclinó en la almohada—. Tengo que habituarme...

—Claro, Selena. Sé que vas a habituarte. Te veré mañana otra vez. Ahora debo hacer algunas cosas, esperar una llamada del doctor McAdams...

—Sí, Gary. Ve a tus cosas. Me tratan bien aquí... —Volvió el rostro hacia la luz solar del exterior y respiró hondo—. Mañana te veré. Espero que para entonces sepas decirme lo que realmente ha sucedido en ese lugar. ¿Sabes una cosa? Cuando una no puede mirar en derredor, ver luz, colores, formas..., siente agudizada su curiosidad por aquello que

no puede ver... Por cosas como esa que ha tenido lugar en las colinas...

—Prometo que si sé algo, te lo comunicaré en el acto —sonrió Gary Hendrix, que movió la cabeza, dubitativo—. Pero mucho me temo que eso no sea tan sencillo..., a juzgar por el aire que tiene la cuestión. En fin, Selena. Si necesitas algo, llámame. Estaré toda la noche en casa, puesto que no puedo hacer mis visitas normales. Sólo si se presenta alguna urgencia me moveré de allí. Puedes avisarme cuando gustes.

Salió de la estancia clara, amplia y soleada donde Selena Ross, su joven amiga, se recuperaba, lenta y dolorosamente, de su accidente de automóvil, en el que el nervio óptico sufriera la lesión irremediable que quitara la visión a sus bellos ojos, sin posibilidad humana de solución.

Subió a su automóvil, aparcado frente al edificio del hospital, tras ocuparse de revisar el cuadro clínico de otros pacientes, en perfecto estado de convalecencia, y condujo por las amplias calles de Canyon town, hacia su domicilio. Era poco lo que podía hacer cuando había fallado su habitual zona de trabajo rural.

Le sorprendió ver salir del edificio al doctor McAdams, al alcanzar la arbolada alameda donde se alzaba su vivienda. Lo había imaginado recorriendo la zona prohibida de las colinas, de paciente en paciente. El veterano médico rural agitó una mano, en cordial saludo, yendo rápidamente a su encuentro.

—Hola, McAdams —saludó Gary—. ¿Ya de regreso?

—Y sin retorno —rio el médico con ironía, estrechando su mano.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que he solicitado permiso para salir del área restringida y me fue concedido, pero a condición de no regresar mientras dure el control. Me vi obligado a aceptar.

—No entiendo. ¿Qué tenía que hacer en Canyon County para abandonar su propia residencia y sus pacientes, doctor McAdams?

—Mi hermano Larry... Ha sufrido un ataque cardíaco, y sólo tiene fe en un médico: yo. Me telefonearon con urgencia, y he venido. No sufra por sus pacientes, Hendrix. He visto ya a la señora Higgins, que sigue tan excitable como siempre, pero que no necesita nada. En Cuanto a Kerrigan, parece adaptarse al tratamiento y al régimen consiguiente. Eso es todo, amigo mío.

—Gracias, McAdams. De todos modos, si eso dura mucho, tendré que encargar a alguien más de la cuestión.

—Bueno, yo pude hablar tras ímprobos esfuerzos con el doctor Reeves. Ya sabe, el forense del condado. Es el único médico, aparte de

mí mismo, que existe allí.

—Sí, lo recuerdo. ¿Se encargará él de todo ahora?

—Claro que lo hará. Le he notado algo extraño, y quise indagar sobre lo que sucedía, pero no pudo decirme nada. Ni siquiera confidencialmente. Es todo estrictamente secreto, Hendrix.

—¿Tan grave es la cosa?

—Debe serlo. Lo que es evidente es que sucede algo imprevisto. He notado agitación, movimiento de hombres armados, búsquedas y registros incluso. El *sheriff* Robeson tiene un gesto desabrido, poco frecuente en él... Anda como frenético. Por otro lado, Reeves fue a la Morgue de Cactus Creek a practicar una autopsia, sin duda alguna.

—¿Eso es seguro? —pestañeó Hendrix, sorprendido.

—Podría jurarlo, porque le vi con su equipo de disección, aunque él pretendió quitarle importancia a la cuestión. Pues bien: poco más de quince minutos después, le vieron salir de la Morgue, que está celosamente guardada por hombres armados, al mando del *sheriff*, con expresión descompuesta y rostro lívido. Ocurra lo que ocurra, la clave está allí dentro. Y también en las colinas, donde no hay forma humana de aproximarse, especialmente al área de la Roca del Indio... Ya sabe, la divisoria de ambos condados, junto al arroyo.

—Pero habrá rumores en Cactus County...

—Oh, claro. Los mismos que aquí. Recuerde que, sea ello lo que sea, lo sabe perfectamente también el *sheriff* Mulder. Y su ayudante, Smithers, extrañamente herido en un brazo... Pero aquí nadie habla y...

Se interrumpió el parlanchín doctor McAdams. Alzo la cabeza, mirando al cielo, azul y sin nubes. También miró en esa dirección el doctor Hendrix. Y otros muchos transeúntes de la alameda.

Tres helicópteros sobrevolaban la población. Parecían ir de paso hacia el Oeste. Hacia Cactus County. En los tres helicópteros, había el distintivo de las fuerzas armadas. Desfilaron, con su monótono ronroneo, como abejorros de metal, brillantes al sol. Se perdieron en la distancia. Hacia las colinas...

Los dos médicos se miraron. Hendrix meneó la cabeza, vacilante.

—Sí, ocurre algo grave, McAdams —convino, gravemente—. Pero sea lo que fuere, nuestras autoridades han juzgado que no nos afecta en absoluto.

Y tras dar un suave golpe amistoso en la espalda del doctor McAdams, Hendrix siguió adelante, entrando en su domicilio sin más rodeos. Todavía desde el interior, siguió el vuelo distante de los

helicópteros sobre las colinas.

La gente formaba grupos excitadas, cuchicheando; rumores alarmistas. Desde la ventana, la mirada de Hendrix se fijó en el edificio situado frente a él, en la alameda. La oficina del *sheriff* Mulder aparecía herméticamente cerrada. El representante de la ley en Canyon town, seguía ausente.

Con un suspiro, Hendrix volvió al interior. Se sirvió un poco de brandy y soda en un alto vaso. Le añadió un par de cubitos de hielo, y saboreó la refrescante mezcla, conectando la radio.

Emitían músicaailable. Ni una noticia ni un comentario. Todo parecía normal. Se preguntó si sería simple apariencia o no.

Rectificó la posición del aparato a transistores. Luego manipuló las antenas. El leve ruido de fondo, como un parásito, no cesó por ello. Era como una trepidación que interfería la nitidez de la recepción. Irritado, cerró la radio.

Al caer la tarde, el brusco chirrido de unos frenos en la calle le hizo asomar nuevamente a la ventana. Descubrió un coche de Cactus County, cubierto de polvo, deteniéndose ante la oficina del *sheriff*. Este descendió del vehículo, dando las gracias a su conductor. El coche viró, alejándose. Mulder abrió la puerta de su oficina, tras mirar en torno con recelo, y entró en el recinto. Cerró tras de sí. Hendrix hubiera jurado que lo hizo con llave, pero no podía estar seguro de eso.

Regresó al interior, disponiéndose a servirse una frugal cena fría y cerveza. Ningún paciente llamaba. Nadie parecía necesitarle. Bostezó, desperezándose. Quizá, incluso, le dejasen descansar aquella noche. Sería una buena cosa. Un médico rural, rara vez tiene semejante fortuna, sobre todo en un condado tan amplio como Canyon.

Pero su satisfacción no llegó demasiado lejos. Apenas se había sentado ante la mesa de la cocina, disponiéndose a ingerir sus huevos con *bacon* y su pastel de manzana, cuando sonó repetidamente el timbre de la puerta.

Se quedó mirando, pensativo, hacia la entrada. Se incorporó, disgustado.

«Adiós descanso —se dijo—. Alguna urgencia...»

Ya eran las ocho de la noche y había oscurecido totalmente poco antes. Caminó hacia la puerta, resignado, sin que dejase de sonar el timbre a largos golpes estridentes.

—Ya va, ya va —masculló.

Abrió la puerta. Se quedó mirando al desconocido parado en el

umbral, ante la entrada.

—Buenas noches —susurró el visitante—. ¿Doctor Hendrix?

—Sí, soy yo —asintió él—. ¿Le ocurre algo?

—Sí, doctor. Le necesito.

—¿Forastero? —indagó Gary.

—Forastero, sí —se apoyó en el quicio de la puerta. Pareció respirar hondo—. ¿Puedo... puedo entrar, doctor?

—Claro. ¿Se siente enfermo, quizá?

—Muy enfermo —silabeó el hombre. Le miró, impaciente.

—Entre —se hizo a un lado—. No esperaba pacientes a estas horas. Pase, por favor... ¿Qué le ocurre?

—Creo... que estoy... herido —fue la respuesta.

—¿Herido? —se sorprendió Hendrix.

—Malherido, sí... —el murmullo del desconocido se hizo casi inaudible. Le miró, se vidrió su mirada y se desplomó inesperadamente en el suelo.

Horrorizado, Gary Hendrix descubrió el manchón de sangre en el muro donde se apoyara el forastero. Y ahora, ya en tierra, captó su espalda, bañada en rojo intenso sobre su chaqueta.

CAPÍTULO III

—¡Desaparecidos! —el coronel Westbrook dio un seco golpe sobre la mesa—. Desaparecidos... Todos... Los tres, caballeros...

—¿Cómo es eso posible? —demandó el general Forbes, de Estrategia Nacional.

—No lo sabemos. Todas las medidas fueron tomadas. Los expertos han revisado los sellos y precintos del frigorífico fúnebre. No fueron violados, salvo por el propio *sheriff* Robeson al intentar la autopsia con el doctor Reeves. Nadie tocó el contenido de ese recipiente, una vez depositados allí, ante testigos, los cuerpos de... de aquellas cosas o lo que fuesen. Y esos testigos confirman que los cuerpos fueron depositados, y la temperatura interior ajustada debidamente para la total congelación.

—¿La temperatura seguía siendo la misma, dentro del refrigerador? —inquirió el profesor Newman, del Instituto Biológico de Washington.

—Idéntica, señor —afirmó el *sheriff* Robeson—. El graduador ha sido precintado para evitar posibles errores. Se examinó por peritos en frío industrial. No hubo pérdida de frío en absoluto. Marcaba, como al ser cerrado, sesenta bajo cero.

—El frío no pudo disolver esos cuerpos, sea cual fuere su naturaleza —objetó Newman, ceñudo—. Tenían que estar allí, congelados o, cuando menos, refrigerados, si su naturaleza se adaptaba a muy bajas temperaturas.

—Exacto, señor. Pero no era así. Los expertos han encontrado indicios de la presencia de una materia en el refrigerador, pero eso es todo. Se han llevado muestras para los análisis, aunque imaginamos que el propio frío habrá alterado esos residuos.

—Es muy posible, sí —aceptó el profesor Newman, con disgusto—. Caballeros, la ciencia está ante un caso posiblemente histórico para la

humanidad. ¡Y ustedes pierden toda evidencia lamentablemente!

—Parece ser que no por culpa nuestra —rechazó con sequedad Robeson—. Cuando menos, acaso vivos hubieran resistido... de no mediar unos disparos que acabaron con sus vidas.

—¡Eso es una acusación intolerable! —se irguió vivamente el *sheriff* Mulder, congestionado—. ¡Ellos... ellos eran monstruos horribles, agresivos...! ¡Venían sobre mí para aniquilarme... y me defendí! ¡Smithers, mi comisario fue testigo!

—Su comisario sólo asegura que eran monstruosos —recordó Robeson, glacial—. No que fuesen a atacarle resueltamente, *sheriff*.

—¿Es que usted no hubiera hecho igual en mi caso, Robeson? —masculló Mulder, chirriando sus dientes con ira—. ¿Qué hace cuando un jaguar o un reptil venenoso se le viene encima?

—El jaguar sé que va a matarme. Y el reptil venenoso, también. Esos seres... no sé aún lo que pretendían.

—¡Sus sonidos eran amenazadores, sus ademanes furiosos! —rugió Mulder—. Han visto el dibujo-robot que el especialista de Phoenix ha hecho de ellos, siguiendo mis indicaciones y las de Smithers. ¿No es eso una cosa abominable y peligrosa?

Los expertos militares llegados en helicóptero poco antes coincidieron con sus miradas en la gran pizarra magnética del muro, donde persistía el dibujo alucinante de una forma extraña, amorfa, con extremidades colgantes, como goterones informes, con un bulto por cabeza, repleto a su vez de bultos, despidiendo babas o algo parecido por una abertura o boca, sin ojos, antenas ni ninguna otra forma de percepción previsible por el ser humano. Su tonalidad lívida era entre amarillenta y grisácea. El conjunto, resultaba de pura náusea.

Al mirarse entre sí los miembros de la primera expedición oficial del Gobierno, revelaron en sus rostros cierta comprensión hacia los sentimientos del *sheriff* Mulder.

—Hay que reconocer que los seres no eran demasiado agradables —musitó el general Forbes.

—¿Lo serían Mulder y Smithers para ellos, general? —preguntó Robeson, vivamente.

—*Sheriff*, la comparación no tiene sentido —rechazó el general, airado—. Este es nuestro mundo, nosotros somos seres humanos perfectamente normales. Y... y eso, ni siquiera sabemos si son criaturas inteligentes, simples babosas o entes de pesadilla monstruosa.

—Sí, general —suspiró el *sheriff* negro—. Los colonos de nuestro país

también pensaron lo mismo de los diablos rojos a quienes exterminaban. Y eran sólo indios, en muchos casos pacíficos y cordiales con los demás.

—*Sheriff*, está excediéndose en sus comentarios —le avisó con frialdad Westbrook—. Será mejor que no haga comparaciones inadecuadas y se limite a informar de los hechos escuetos.

—Sí, señor —secamente, Robeson tomó asiento, sin añadir nada más.

—Se han metido todos ustedes en divagaciones estúpidas que a nada conducen —terció el profesor Newman, incorporándose y yendo hacia el tablero magnético con su dibujo, que parecía fascinarle tanto como aterrorizar o asquear a los demás—. Esto no se parece a nada ni a nadie conocido. Tiene todo el aspecto de un deshecho, de un simple detritus viviente, pero sólo en nuestro propio concepto de las formas. El *sheriff* Robeson dijo antes algo muy razonable, quizá lo más lúcido de todo. Se preguntó cómo resultaríamos nosotros a juicio de ellos..., si tienen juicio y medio de captar nuestra imagen. Yo me digo si no sentirían, ante Mulder y Smithers, o ante cualquier otro humanoide, el mismo terror que nosotros sentiríamos ante criaturas de diferente forma de vida. Y eso que aquí tenemos vegetales, peces, reptiles, lombrices e insectos, cuya fealdad casi puede equipararse a la de estas criaturas.

—No hemos venido a discutir la belleza o fealdad de los cuerpos vivientes, sino a saber dónde pueden estar ahora esos tres cadáveres... y cómo salieron del frigorífico sin que éste fuese abierto, y sin que nadie los viese, una vez muertos.

—¿Sabemos cómo es la muerte, el auténtico estado de muerte clínica en un extraño? —dudó el profesor Newman, replicando al general Forbes.

—El doctor Reeves, como forense, certificó que...

—El doctor Reeves entiende de seres humanos, no de entes así —replicó Newman, acremente—. Como cualquiera de nosotros, caballeros, incluyéndome a mí mismo, pese a mis estudios de Biología, que para nada sirven quizá ante este ejemplar dibujado aquí.

—Aun estando vivos, ¿cómo pudieron evadirse del frigorífico? —terció Reeves, sin discutir sus nulos conocimientos sobre la materia objeto de polémica.

—Ah, caballeros —habló el general Forbes—. Eso es justamente lo que hemos de averiguar. Y cuanto antes mejor. *Sheriff* Robeson, queremos revisar inmediatamente la zona del suceso, donde se supone

que cayó la... la luz verde del cielo.

—Sí, general —asintió Robeson. Miró a Mulder—. ¿Nos acompañará usted?

—Lo haré gustosamente —afirmó el *sheriff* de Canyon County, con frialdad—. Pero nos queda poco tiempo de luz natural. Sólo una hora, poco más o menos. Habremos de darnos prisa, caballeros.

—Bien —confirmó el general—. Iremos en helicóptero todos. Luego podrá usted volver a su población, Mulder. Si le precisamos, mañana le requeriremos de nuevo. ¿Cómo está su comisario?

—Smithers reposa en casa. Su brazo sufrió quemaduras, y su rostro también, pero no es grave. —Mulder se puso en pie cansadamente. Luego meneó la cabeza con escepticismo—. Iremos allá, pero no se hagan ilusiones. No había nada. Y creo que todo seguirá igual.

—Pero en alguna parte tuvo que caer el... el objeto del espacio, su presunta nave —señaló el profesor Newman.

—Desde luego. Y si usted, profesor, adivina dónde pudo ser eso, será el hombre más listo del mundo —fue la descorazonadora réplica de Mulder.

El *sheriff* de Canyon County tuvo toda la razón. No había nada visible en la zona. Los expertos detectaron alguna radiactividad con sus contadores Geiger, pero los indicios morían siempre en las duras peñas hacinadas, inmóviles, donde solamente se veían manchas de calcinación en los matorrales escasos que brotaban de ellas o en su derredor.

Regresó a Canyontown al caer la tarde, sin hallar nada positivo con los militares llegados de Washington. Al día siguiente, personal especializado de la NASA arribaría al lugar, con expertos federales y científicos de diversas especialidades. Mulder seguía dudando del éxito de todo eso.

Se encerró Mulder en su vivienda, encima del cerrado despacho del *sheriff*, sin preocuparse de más.

Entretanto, allá, frente a él, el doctor Hendrix recibía la visita de un hombre herido.

* * *

El paciente abrió los ojos.

Gary Hendrix tuvo un movimiento de sorpresa. Contempló al hombre a quien acababa de extraer dos balas de sendos orificios en la espalda. Por fortuna para el herido, los proyectiles se habían alojado

entre sus costillas, sin herirle gravemente. Aun así, tuvo que perder mucha sangre y sufrir un espantoso dolor. Se preguntó cómo pudo llegar a su casa y subir las escaleras.

Ahora, su asombro crecía de grado. No era lógico que el herido se recuperase con tal rapidez. A menos que fuese un hombre excepcionalmente dotado en lo físico. Desde luego, era alto, muy alto. Fibroso y fuerte. Su mirada oscura tenía una extraña fijeza al clavarse en él desde el sofá cama donde realizara la apurada intervención quirúrgica de emergencia.

—¿Lo hizo, doctor? —preguntó débilmente.

—Sí —afirmó Gary—. Le extraje dos bonitos obsequios de debajo de su piel.

Le mostró las dos aplastadas piezas de metal, que rodaron sobre la bandeja ensangrentada donde las depositara. El rostro del herido reveló cierta curiosidad, pero ningún miedo o aprensión.

—¿Era grave, realmente? —indagó.

—Imagínelo usted mismo. Es muy afortunado. Sus costillas impidieron algo irremediable. Pero aun así, se recupera muy fácilmente. Debería estar usted inconsciente.

—Ya ve que no lo estoy —sonrió—. Gracias, doctor. Ha sido muy amable.

—No es amabilidad. Es mi deber. También lo es informar de esto a la autoridad.

—¿La autoridad?

—El *sheriff*, sí. Usted es un forastero. Viene herido a mi casa, y yo le extraigo las balas de su espalda. Debo dar cuenta de ello, o me pondría al margen de la ley, si usted es un delincuente.

—No soy un delincuente.

—Yo no puedo saberlo. ¿Quién le hizo eso?

—No sé —se encogió de hombros.

—¿Cómo que no sabe?

—Le repito que no puedo saberlo. Me dispararon por la espalda, eso es obvio, ¿no? Y no tengo ojos en mi nuca, doctor.

—Pero, ¿cómo sucedió?

—Venía hacia acá cuando me atacaron. Imagino que debió ser algún maleante. O un loco, tal vez. Al escapar herido, volví la cabeza. No vi a nadie claramente. La vista se me nublaba.

—¿Dónde sucedió eso? —indagó Hendrix, ceñudo—. No he oído

disparo alguno desde aquí.

—El tirador debía usar algún arma silenciosa. Tampoco yo oí las detonaciones. Todo fue tan rápido, doctor... Había dejado mi coche en el aparcamiento, me dirigía al hotel con mi maletín. Incluso creo que habré perdido mi valija.

—¿Y sus documentos? ¿También los perdió? No lleva ninguno encima.

—¿Documentos? Oh, entiendo —sonrió—. Ha registrado mis bolsillos.

—Sólo después de operarle, por si tenía a quien avisar de lo sucedido. No encontré nada.

—Tal vez escaparon de mi bolsillo al caer... No sé, no puedo recordar. Sólo sé que caí, al intentar correr hacia alguna parte. Me incorporé, notando que tenía empapada de sangre mi espalda. Entonces avancé como pude, pegado a las paredes, aprovechando el atardecer, sin dejar que me viese nadie.

—Con semejantes heridas no podía caminar mucho trecho, señor...

—Benson. John Benson, doctor. De Santa Fe.

—Bien, señor Benson. Debo entender, según su relato, que llegó usted hasta mi casa, vio mi nombre abajo y acudió a solicitar mi ayuda apremiante.

—Eso es lo que sucedió.

—Entonces, ¿dónde tuvo lugar la agresión?

—A tres manzanas de aquí... Exactamente en esa plazuela amplia, arbolada...

—Union Square —recitó Hendrix, con gesto preocupado. Miró a su paciente—. Mucho trecho, señor Benson, para sus heridas. O es usted un gran embustero... o un hombre de una resistencia fabulosa.

—Más bien eso último —rio el forastero—. Siempre he sido muy fuerte. Lo soporté todo. No sabía si ocurriría igual con las balas..., pero parece ser que sí.

—Ha perdido mucha sangre. Aun así, no toda la que era de prever. No he necesitado aplicarle plasma, y es lo que se hace siempre en tales casos. Es usted un notable caso clínico, puede creerme.

—Le creo —suspiró, pretendiendo incorporarse—. ¿Insiste en informar al *sheriff*?

—Por supuesto —afirmó Hendrix, apresurándose a correr hacia él y retenerle—. Y no se le ocurra ninguna tontería, señor Benson. Si se incorporase ahora, cosa que dudo sea posible en un hombre que acaba

de sufrir lo que usted ha sufrido, no respondería de su salvación. Pero de todos modos, estoy obligado por la ley a relatar los hechos al *sheriff*, y que él investigue si es cierto o no lo que usted dijo.

—¿No hay otro remedio? —musitó ahogadamente el forastero, fija en él su peculiar mirada oscura.

—No. No hay otro remedio, y usted debería saberlo. La ley es igual para todos. Telefonaré ahora a Ian Mulder y...

Se detuvo en ese momento. El timbre de teléfono repiqueteaba insistente. Dudó, arrugando el ceño. Su paciente se limitaba a contemplarle con su fijeza habitual. Pero no decía nada.

Hendrix fue al teléfono. Lo descolgó, a disgusto.

—¿Sí? —preguntó—. Habla el doctor Hendrix.

—Gary, soy yo —sonó una suave voz de mujer.

—Selena... Será mejor que llames más tarde. Estoy ocupado ahora con un paciente. Es un caso urgente y...

—Gary, también es urgente lo que yo tengo que decirte —habló ella en un murmullo, sin duda pegada su boca al teléfono.

—Bien —se impacientó él, recordando que la muchacha, dada su lamentable prueba actual, merecía un mínimo de consideración—. Habla, Selena, pero procura ser breve, te lo ruego.

—Lo seré, Clay... Perdona que te moleste a estas horas, pero... he recibido una rara proposición esta misma tarde. Quiero que lo sepas y me aconsejes, porque estoy sumida en un mar de dudas.

—¿Una proposición? —se sorprendió Hendrix—. ¿En el hospital?

—Sí, pero no te alarmes. Ninguno de tus colegas me ha pretendido hacer el amor. Es... es algo más serio, créeme. Me ha visitado hoy un hombre. Me ha ofrecido dinero. Mucho dinero.

—¿Un hombre? ¿Dinero? —el joven médico se mostró perplejo—. No entiendo nada, Selena.

—Gary, se trataba de... de Herman Maddox en persona.

—¡Herman Maddox! ¿El mismo?

—Ya te lo digo: en persona. Ni un secretario, ni un ayudante ni un enviado. El mismo. Me ha ofrecido una recompensa económica por el accidente, a cambio de que retire toda denuncia legal y acepte como mía la responsabilidad de lo sucedido.

—Ese hombre está loco. Fue su coche el que provocó el choque y te ha dejado... como estás ahora, Selena. No aceptes. Bajo ningún pretexto. Herman Maddox puede tener mucho dinero, muchos miles de acres de propiedades y cuanto él quiera, pero no puede andar

comprando a la gente por ahí. Tú no te vendes. Unos ojos humanos no tienen precio, Selena.

—El afirma que no cobraré más allá de cinco mil dólares, aun ganando el pleito.

—¿Cinco mil? —Hendrix se mordió el labio—. Bueno, no sé si llegaremos a tanto, pero el juicio debe verificarse, ocurra lo que ocurra. Es lo legal, lo adecuado. Si le condenan a prisión o le privan del permiso de conducir, tanto mejor. El llevaba aquel coche en persona, tú lo dijiste. Y hay testigos...

—Los testigos sí se compran —dijo ella, amargamente—. Además yo estoy ciega ahora y no puedo corroborar lo que vi. No me creerían mucho si los demás dudan o se echan atrás.

—Selena, ¿qué te ocurre? ¿Es que ese tipo ha podido convencerte por un simple puñado de dólares asquerosos?

—No es un vulgar puñado, Gary. Por eso te telefono. Son... son veinticinco mil dólares.

Gary Hendrix se quedó sin aliento. Apretó con fuerza el auricular. Su mano empezaba a humedecerse con la transpiración.

—¡Veinticinco mil! —repitió, estupefacto—. Imposible. Será una trampa...

—No, Gary. Nada de talones bancarios. Dinero en billetes. Veinticinco billetes, de mil, a cambio de una firma en unos papeles que podrá leer mi propio abogado y quien quiera. Y asunto olvidado. Nunca obtendríamos tanto en un juicio, ¿verdad?

—No, claro que no. Pero esa oferta... no tiene sentido. A menos que no quiera jaleos judiciales, pero aun así..., es demasiado dinero. Un juicio por imprudencia automovilística no es tan grave, ni siquiera cuando alguien pierde la vida o... los ojos, Selena. Desgraciadamente, siempre ha sido así.

—Lo sé. Tengo poco tiempo para resolver. Mañana por la mañana vendrá a saber la respuesta.

—¿Personalmente también?

—Sí. No puso objeciones a que estés tú presente o cualquier otro. Es una proposición honrada, para compensarme. Esas fueron sus palabras. Además, pagaría la multa o gastos que pudiesen imponerme por retirar mi demanda y aceptar mi responsabilidad.

—Es demasiado bueno viniendo de ese hombre, Selena. Y que él en persona se preocupe de todos los trámites. No lo entiendo, créeme.

—Tampoco yo. Por eso te he llamado. Quisiera tu consejo.

—Bien. Te lo daré. Pero no ahora. Deja que reflexione. Te llamaré más tarde, o iré mañana, a primera hora, antes de que él lo haga.

—Bien, Gary. Perdona la molestia. Espero que sepas orientarme. Me siento confusa.

—Y yo, Selena, y yo. Buenas noches.

Colgó, pensativo. Su mente era un mar de dudas, Ni siquiera advirtió, en principio, que el paciente estaba sentado ya en el sofá, como si nada le ocurriese, Disgustado, se precipitó hacia él, tratando de olvidar el sorprendente asunto de Selena.

—Acuéstese, por todos los diablos —masculló—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Como quiera, doctor —suspiró, resignado, dejándose reclinar en el sofá. No quitaba sus ojos de él—. ¿Amiga suya?

—¿Quién? Oh, sí. Amiga mía. Tuvo un accidente y está hospitalizada. Ciega.

—Eso me pareció advertir. ¿Es joven?

—Mucho. Veinticinco años.

—¿Bonita?

—Sí, muy bonita —le miró—. ¿Por qué le interesa eso?

—No pude evitar escucharle. Seguramente la aconsejará que no acepte.

—Vaya, usted sabe seguir muy bien las conversaciones telefónicas, señor Benson —se irritó Hendrix.

—No era difícil. Ese tal Herman Maddox no parece tipo de su gusto, doctor.

—No lo es. Nada en dinero y propiedades ricas, pero no es en absoluto de mi gusto.

—¿La chica sí? —sonrió enigmáticamente el forastero.

—Pues... sí. Somos amigos. Nada más que amigos.

—¿Hubiera sido igual si ella hubiese conservado la visión?

—Eso no importaría, señor Benson, si yo sintiese algo por ella —replicó secamente Gary—. Pero dejemos la cuestión. Estamos desviando el tema que a usted sí debe interesarle.

—Ah, claro. El dichoso *sheriff*, su obligación de denunciarme...

—Quisiera que lo entendiese. Estaba obligado a curar sus heridas porque soy médico. Por la misma razón, estoy obligado a informar de ello a la ley. Eran heridas de bala.

—Y va a ver al *sheriff* para notificárselo.

—No hará falta. Le llamaré desde aquí. El acudirá y será ya asunto suyo. Si todo ha sucedido como usted dice, no tiene nada que temer, señor Benson. Mulder no se come a la gente.

—Mulder... —un chispazo de malicia asomó a los ojos taladrantes de su paciente. Luego, sacudió la cabeza—. ¿No hay otro camino, doctor Hendrix?

—No. Ningún otro, puede creermelo —fue hasta el teléfono y lo descolgó, empezando a marcar un número en él.

—Está bien. No le llame —dijo fríamente Benson. Se puso en pie inesperadamente. Con total tranquilidad, sin un gesto de dolor, sin un esfuerzo. Como si su espalda no tuviera puntos sobre los boquetes, y apósitos, y vendajes. Añadió, incisivo—: No va a resolver nada con eso.

—¡Señor Benson! —se asombró Hendrix—. ¿Qué es lo que hace? No puede usted... tan fácilmente...

—¿Ponerme en pie? —rio—. Podría decirle que hago yoga, pero mentiría. No siento dolor alguno. Y no ganará nada con avisar a su amigo Mulder, se lo repito. Sólo comprobará que las balas alojadas en mi espalda son de su propio rifle.

—¿Qué?

—El rifle del *sheriff*. De él partieron las balas que se alojaron en mi espalda, doctor. ¿Qué? ¿Va a llamarle ahora?

La expresión de Hendrix era sombría al mirar a su paciente. Afirmó, sereno, glacial.

—Me temo que ahora, con mucho más motivo —dijo, muy seco.

Y marcó otra cifra en el dial.

El forastero no hizo nada. No dijo nada. Se limitó a mirarle, burlón. Luego, clavó sus oscuros ojos en el teléfono.

Ocurrió algo insólito. Increíble.

El aparato telefónico comenzó a vibrar extrañamente, como sacudido por una onda imperceptible para Hendrix. La vibración creció de tal modo, que bailoteaba el auricular en sus dedos.

Luego, con un extraño crujido, el material se pulverizó, resquebrajándose primero y haciéndose luego simple polvillo blancuzco, tras un extraño chispazo eléctrico en su interior.

—¿Qué significa...? —jadeó Gary Hendrix, mirando a su extraño visitante.

—Significa, doctor, que yo no soy John Benson. Que nada sucedió como yo le dije. Que el *sheriff* Mulder me hirió. Y que yo... yo ni siquiera soy humano...

CAPÍTULO IV

Los reflectores, desde helicópteros y automóviles, barrián insistentemente la zona rocosa, junto a la Roca del Indio.

—Creo que todo es inútil —sentenció el profesor Newman, secamente.

El general Forbes no dijo nada. Pero su expresión sombría, contrariada, era todo un poema, mientras examinaba una vez más el lugar, ahora en plena noche. Cerca de él, un indicador Geiger emitía el característico zumbido que marcaba la existencia de radiactividad en las cercanías.

—Es el punto más radiactivo de todos —comentó el coronel Westbrook, consultando el Geiger—. Y eso tiene que significar algo.

—Oh, por supuesto —convino el profesor Newman—. Aquí hubo algo. Algo que quemó los arbustos y removió la tierra. Algo que raspó esas piedras. Pero no sabemos lo que ello puede ser, en tanto el laboratorio especial no llegue desde Houston con elementos adecuados para su examen.

—Han confirmado su llegada para esta misma noche, profesor —habló Forbes, con gravedad—. Espero que sean puntuales. Resulta difícil mover súbitamente todo ese material y esos hombres de un lado para otro. No es como trasladar un botiquín, y usted lo sabe.

—Claro que lo sé. —Newman se cruzó de brazos, intrigado. Cerca de ellos, un helicóptero provisto de una pantalla especial cóncava, similar a las utilizadas por el radar, trataba de captar radiaciones de cualquier otro tipo, ultrasónico o más allá de lo humanamente perceptible. Los resultados, hasta ahora, eran negativos. El profesor añadió, frotándose el mentón—: Pero la desaparición de los cuerpos sigue siendo un enigma insoluble, caballeros. Nada realmente sólido se evapora de un frigorífico herméticamente cerrado y sellado. Nada orgánico conocido,

sometido a esa temperatura durante horas, dentro de un recipiente, se puede descongelar automáticamente y volver a la vida. Nada de eso tiene auténtico sentido.

—Pero es lo que tenemos entre manos, y no podemos elegir otra cosa —masculló agriamente el general.

Un grupo de técnicos, provistos de luz infrarroja y gafas adecuadas, examinaban otro sector del promontorio. Súbitamente, uno de ellos se volvió hacia el general.

—Aquí, señor —indicó—. Parece que hay algo...

Forbes, rápidamente, se movió en esa dirección. Los técnicos iban ataviados con trajes herméticos, de materia plástica, máscaras y guantes esterilizados y cuanto se utiliza habitualmente en trabajos donde se evita la contaminación en cualquiera de sus posibilidades.

—Cuidado, señor —avisó el experto—. Primero debería utilizar uno de esos trajes esterilizados.

—¿Creen que hay contaminación posible? —vaciló el militar, indeciso.

—No sabemos nada, pero esto emite una radiación intensa. Es preciso evitar riesgos, general. De todo tipo.

—Sí, entiendo. —Se vistió con rapidez uno de aquellos uniformes herméticos y, una vez bien ajustados los cierres, bajó la escafandra plástica y se aproximó a ellos, a paso rápido—. ¿Qué es, exactamente, lo que hallaron?

—Véalo usted mismo, señor, con el visor infrarrojo: una luminosidad pegajosa, sobre la piedra. No responde a las reacciones químicas previsibles. Eso podría indicar que es una sustancia desconocida. Al tacto, parece ligeramente viscosa.

Forbes asintió gravemente. Estaba contemplando, en efecto, una mancha de forma oblonga, algo alargada, sobre una roca redonda y oscura. Tenía una fosforescencia rara, lívida, y su aspecto se mantenía inalterable a las delicadas pruebas efectuadas sobre su superficie.

—¿Qué creen que es, en realidad? ¿Un residuo líquido, sólido...?

—Parece líquido, pero no podemos estar seguros. Su adherencia es como la de la goma o el caucho natural. Pero su luminiscencia y su composición nos son desconocidas.

Eran químicos experimentados los que hablaban. De modo que había que suponer algo muy raro en relación con aquello. Forbes miró en torno, sin descubrir ninguna otra huella parecida. La zona, en su totalidad, era una amplia, casi redonda peña negra, entre otros miles de

peñascos de diversas formas. Su diámetro no sería superior a tres yardas, y su superficie, tan lisa y oscura como la de los demás peñascos circundantes. El hermetismo del lugar a toda pesquisa, empezaba a resulta exasperante.

Arriba, en el cielo, se percibió el zumbido de un poderoso reactor. Un soldado acudió desde el helicóptero saludando militarmente al general.

—Señor, el laboratorio portátil de Houston está llegando —informaron—. Y con él, dos de los hombres más expertos en materia científica astronáutica. Ambos han analizado toda clase de piedras lunares traídas en las expediciones Apolo. Se trata del profesor Rubinstein y del doctor Benedek.

—Bien, ellos nos serán de mucha ayuda —resopló Newman, con alivio—. Me sentía perdido, trabajando solo en este endiablado misterio. Espero que ellos no terminen tan desorientados como todos nosotros.

El general Forbes hizo un escéptico encogimiento de hombros, fija su vista aún en el oscuro cielo nocturno.

—Ya, todo es posible aquí, profesor —declaró con pesimismo.

* * *

—Supongo... supongo que todo esto será una broma de mal gusto, señor Benson.

—¿Usted cree? —sonrió el desconocido—. ¿Sabe de alguien que puede destruir un teléfono con sus ojos?

—Cielos... —Gary Hendrix clavó la mirada en el cable telefónico colgando vacío, sin receptor. Elevó sus ojos hasta Benson—. Eso no ha podido suceder.

—Pero ha sucedido, doctor. Ante sus propios ojos. —El forastero suspiró, caminando muy erguido hacia él—. ¿Necesita más pruebas, acaso?

Hendrix vaciló. Benson, ante su asombro, se despojó con rapidez de su camisa. Volvió la espalda. Antes de que el médico pudiera preveer sus intenciones, se había arrancado vendajes y apósitos de sus heridas.

Gary trató de evitarlo, a la desesperada, precipitándose sobre él.

—¡No, no! —jadeó—. ¿Qué pretende? ¡Es una locura!

Se detuvo, atónito. El sonriente señor Benson se había despojado de toda clase de apósito en su espalda. Esta apareció ante los ojos de

Hendrix limpia de toda herida. Sin la menor señal sobre la epidermis. Como si nunca hubiera tenido orificios de bala, ni hubiese sido tocado por médico alguno.

—Como verá, su declaración al *sheriff* Mulder iba a ser puesta en tela de juicio, doctor. No tengo absolutamente nada que pruebe que usted me intervino quirúrgicamente. —Su tono era calmoso y frío.

—Pero... ¡pero eso no puede ser! Acabo de aplicarle puntos de sutura, tiene ahí dos heridas profundas, de donde extraje esas balas —susurró Hendrix, horrorizado.

—Ya ve que no es así. Y ustedes, los humanos, se fían especialmente de cuanto entra por sus ojos —sonrió extrañamente el forastero. Sacudió la cabeza—. Desengáñese. No tiene por qué llamar a su *sheriff*. Nadie le creería, doctor. E incluso dudarían de su razón. Según parece, entre ustedes es bastante habitual considerar loco a quien afirma haber visto o percibido algo que no alcanza a los demás. Es un claro indicio de limitación mental, doctor.

—Usted trata de confundirme... —se pasó una mano trémula por la frente sudorosa—. Quizá está sugestionándome, simplemente. Existen hipnotizadores...

—Le aseguro que está viendo la pura y simple realidad. Su teléfono no existe. Tendrá que poner otro. Mis heridas desaparecieron. Y no es magia, como ustedes dirían. Es un proceso biológico natural, acelerado para su concepto de esas cosas.

—Si fuese así, no tendría razón de ser que usted hubiese venido a mí... bañado en sangre, cayéndose por la calle...

—Era diferente, doctor Hendrix. Yo llevaba dentro de mí dos cuerpos extraños de los que no me era posible deshacerme por mis propios medios. Mis procedimientos auto curativos son simplemente epidérmicos, no interiores. Nosotros... nosotros también podemos morir, doctor. Somos distintos, pero no inmortales.

—Distintos... ¿a qué, a quiénes?

—A ustedes, los humanos.

—Nosotros... ¡los humanos! —soltó una breve, dura risa forzada—. Su aspecto es de lo más humano que vi jamás, señor Benson.

—Mutación. Simple mutación, doctor.

—¿Mutación?

—Sí. Poseemos esa propiedad. Debimos utilizarla al llegar, pero ignorábamos aún cómo eran realmente ustedes en este planeta...

—Al llegar... No, no puedo creerlo. Es una locura imaginarse que

pueda ser cierto que...

—...¿Que unos seres de otro mundo distinto han pisado la Tierra? Vamos, doctor, no sea ingenuo. Ustedes pisaron ya la Luna, pisarán en breve Marte, Venus y otros planetas. ¿Eso tiene algo de mágico o de inverosímil para usted?

—No, no es eso. Se trata de... de ustedes. Son... son...

—Extraños, sí. Dígalo. Alienígenos. Extranjeros en su mundo. Existen muchos modos de definirnos. También ustedes lo serán cuando lleguen a un mundo habitado, ¿se ha parado a pensarlo?

—No acepté nunca que hubiese... otros mundos habitados.

—Me asombra su falta de imaginación, doctor. Claro que los hay. Muchos más de los que se supone.

—Esto es ridículo, pese a todo. Tiene nuestra apariencia, habla nuestra lengua, conoce nuestras costumbres y usos... ¡Eso no puede hacerlo un... un extraño!

—Deliciosa mentalidad la de todos ustedes —suspiró Benson—. Nadie puede ser diferente o superior a un ser humano. No podemos alterar nuestra fisonomía, no podemos estudiar la vida de un planeta y asimilar a ritmo acelerado su lengua, sus ideas, sus pensamientos y recuerdos... Sin embargo, eso es lo que hacemos. Y para nosotros le aseguro que no tiene nada de notable. Es una función biológica más. Debimos pensar en ella antes de abandonar nuestra nave y pisar suelo terrestre. Ese fue el único error. Ese hombre que usted tanto respeta, el *sheriff* Mulder... nos atacó como a fieras peligrosas. Nos asesinó. Es decir, asesinó a dos de mis camaradas. Yo me quedé malherido, inconsciente... Pero ignoran nuestro proceso vital y pensaron que todos éramos cadáveres. Nos encerraron en un frigorífico, en la Morgue.

—Cielos... Debería pensar que es usted quien está loco, si no lo estoy yo, señor Benson... a no ser por su espalda sin huellas, por ese teléfono... Pero admitir tal historia...

—Es la verdad. Pregunte al propio Mulder, si quiere. Se sorprendería mucho de que alguien conociera tan minuciosamente la historia de la que ellos hicieron alto secreto nacional...

—Pero... pero ¿por qué iba a disparar ese hombre, el propio *sheriff*, sobre ustedes? —protestó Hendrix—. Mulder no es un hombre agradable, pero de eso a asesinar a alguien a sangre fría...

—Alguien distinto a él —sonrió Benson—. Muy distinto, doctor. Eso tiene un nombre: xenofobia, ¿no es cierto?

—Xenofobia... —repitió Hendrix, mirándole perplejo—. Sí... Ha

tenido que captar muy bien nuestras ideas y sentimientos en tan breve tiempo, para hablar de eso... Xenofobia... ¿Tan horrible es su aspecto real, señor Benson?

—Tan espantoso como ustedes lo resultan para nosotros —rio irónico el extraño—. Ver a una criatura con dos ojos, nariz, orejas, una figura débil y descolorida, de extraña armazón, como la de todos ustedes, hubiera causado estupor en nuestro mundo. Pero allí nadie hubiese atacado con armas a los visitantes. Nadie padece xenofobia. No pensamos en que los extranjeros vengan para destruir o invadir.

—Esa es una idea muy nuestra, señor Benson —confesó con amargura Hendrix, dejándose caer en un asiento. Le miró, atónito—. Pero le estoy hablando ya... como si realmente aceptara...

—Usted lo ha aceptado ya —afirmó Benson—. Puedo leerlo en su mente.

—¿También es télépata?

—Sus cerebros no son demasiado complicados. Sí, podemos leer en ellos sin problemas. Pero sólo una vez adaptados a sus ondas mentales. Eso nos faltó en el primer encuentro con el ser humano...

Hubo un profundo silencio en la estancia. Gary Hendrix no sabía qué hacer. Todo aquello resultaba delirante, inaudito. Y lo estaba empezando a admitir como cierto. Clavó sus ojos en el visitante.

—Usted adoptó un nombre, un punto de origen incluso —recordó—. Resulta curioso...

—Venga —sonrió Benson—. ¿Se ha fijado alguna vez en el otro lado de su propia calle? Quizá no, doctor. Allí hay un sastre, un tal Benson... Y a su lado un anuncio de unos cigarrillos: John Does... Más allá, un indicador de calles: Santa Fe Road... Todo eso lo capté mientras usted me preguntaba un nombre. Lo mezclé, y resultó bien, es todo.

—¿Ni siquiera tienen... un nombre concreto?

—Lo tenemos en nuestra lengua —rio—. Dudo que le resultase grata, Hendrix.

—Yo no padezco xenofobia.

—Todos la padecen en su mundo, doctor. Creo que nace con ustedes. Se amoldan sólo a una determinada limitación de colores, de formas, de apariencias. No conciben nada, más allá de ese limitado mundo físico. Y lo que es diferente a su concepto de belleza, es forzosamente feo. Y lo que es feo, puede ser monstruoso. E incluso agresivo, peligroso, amenazador...

—No puedo discutirsele —suspiró Hendrix—. Nos odiamos nosotros

misimos, sólo por el tono de nuestra propia piel, o por nuestra fealdad física... Tememos a ciertos animales, a ciertas cosas que catalogamos como horribles... y que quizá no lo sean tanto. Sí, Benson. Usted tiene razón. Somos víctimas de nuestra propia xenofobia. Ha hablado de Mulder. Yo recuerdo cosas ahora. De este mismo lugar. Un día, lincharon a un muchacho negro. Sin motivo. Sólo por odio racial. Durante la guerra mundial, creo que Mulder no fue ajeno al linchamiento feroz de un pobre japonés que no había hecho daño a nadie. Pero era japonés, y estábamos en guerra. Eso bastaba para justificar un crimen repugnante... Sí, Benson. Xenofobia. Nos tiene prisioneros. Todo lo extraño es malvado. Los extranjeros son peligrosos. Lo desconocido es una amenaza. Los visitantes de otros planetas han de ser, forzosamente, invasores de la Tierra... ¡Pobres de nosotros!

—No puede usted arreglar el problema, doctor. Es atávico. Vive y crece con su especie. Pero alguna vez, pueden necesitar de algo o alguien tremendamente feo y monstruoso para salvar sus propias vidas, doctor Hendrix. Porque casi siempre, el mal anida en uno mismo, y el enemigo están dentro de uno...

Hubo un silencio profundo. Hendrix pestañeó, tratando de adaptarse a las fantásticas circunstancias que le tocaba vivir. Por fin, hizo una tímida pregunta:

—Y ahora... ¿qué pretende hacer, Benson?

—Naturalmente, regresar a mi propio mundo lo antes posible —suspiró él.

—¿Está solo ahora?

—Solo. Con dos cadáveres que debo llevar conmigo de regreso.

—¿Cómo pudo evadirse de un frigorífico de la Morgue? Seguramente estaría vigilado...

—Y precintado —rió el alienígena—. Doctor, otra de nuestras facultades es la transmisión material a distancia. Una evaporación de moléculas que luego se materializan en otro punto.

—Curioso modo de viajar —ponderó con cierto sentido del humor Hendrix.

—El vapor puede evadirse por cualquier rendija. Es, además, casi invisible para el ojo humano. Luego, a alguna distancia, no demasiado grande, nos materializamos de nuevo. Así abandoné mi encierro y me llevé conmigo los cadáveres de mis desventurados camaradas. Deben volver a nuestro planeta. Deben reposar allí.

—Tal vez eso provocase una reacción de ira en sus semejantes,

Benson. Podrían venir a la Tierra, buscar revancha...

—Vuelve a surgir la xenofobia —sonrió con tristeza el extraño—. No, Hendrix. Mi gente sabe comprender y perdonar errores. No responde nunca a la violencia con la violencia, si no es absolutamente preciso para sobrevivir. Será una dolorosa experiencia. Y nos habrá enseñado que no todas las razas inteligentes del universo son pacíficas ni bien intencionadas.

—No puede juzgarnos sólo por Mulder...

—¿No? ¿Qué hubiera hecho cualquiera de ustedes, con un arma en sus manos... ante una forma de vida que se le antoja repulsiva y extraña?

Hendrix inclinó la cabeza.

—Sí, creo que tiene razón —convino amargamente—. ¿Se marcha ya ahora, una vez extraídas de su cuerpo las dos piezas de metal extraño a su naturaleza, Benson?

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Sus gentes rodean mi nave, doctor. Tendría que enfrentarme a soldados provistos de armas más potentes que la de su *sheriff*. Y hasta a piezas de artillería ligera, apostadas cerca. La maniobra requiere un tiempo. Demasiado para poder huir sin problemas.

—Pero usted parece fuerte, poderoso...

—Lo soy, doctor. Podría aniquilar a cuantos rodean mi nave, si me lo propusiera. Ahora no van a sorprenderme nuevamente en mi buena fe. Pero no soy como ustedes. No puedo matar. Mi conciencia me lo prohíbe. Mis principios rechazan con horror la idea de la muerte violenta.

—Sí, no recordaba eso. Habiendo policías, tropa armada... sería horrible. No debe intentarlo aún. Quédese aquí, en Canyon town. No es un lugar demasiado agradable, pero puede esperar a que se pase la curiosidad, la fiebre de los que buscan... y usted pueda regresar a su nave y, con ella, a su mundo.

El extraño le miró con la rara fijeza de sus oscuros ojos de falso ser humano.

—¿Usted me ofrece hospitalidad? ¿Es eso lo que debo interpretar por sus palabras? —dudó el alienígena.

—Sí. Le ofrezco un sitio en mi casa. No tiene nada que temer. Diré que es un pariente que vino de Santa Fe, o un viejo amigo... No van a sospechar de usted ni de mí. Ellos buscan otra... otra cosa, usted lo

sabe.

—Cierto —sonrió enigmático el extraño—. Buscan otra cosa. Pero usted ya me ayudó. ¿Qué gana con seguir haciéndolo? No puedo recompensarle por nada. Nuestra raza desconoce su forma de transacciones, el... el «dinero», en suma. No hay oro en nuestro planeta. Ni nada parecido.

—No se preocupe por eso. Creo que mi especie está en deuda con usted, aunque ellos no lo entenderían así nunca. Yo me hago cargo de esa deuda, en la medida de mis pobres fuerzas. Quédese, Benson. Para mí seguirá siendo John Benson, de Santa Fe. Es todo.

—Gracias —murmuró el ser de otros mundos. Le contemplaba, muy fijo—. Me quedo. Por breve tiempo, doctor Hendrix..., amigo Hendrix.

—Así está mejor —sonrió Gary con simpatía.

Y ya ni siquiera pensaba en la circunstancia fabulosa de que él era el primer ser humano que estaba ofreciendo hospitalidad a una criatura llegada del espacio...

CAPÍTULO V

Mulder escuchó ceñudo, el informe transmitido por teléfono a su oficina, aquella nubosa mañana cargada de humedad y bochorno. El aire que llegaba del desierto, era esta vez intenso, con olor a sulfuro.

La voz de su segundo comisario, McPherson, le llegó nítida desde la zona acordonada de las colinas, a través del radioteléfono de un coche-patrulla:

—Ya está funcionando el laboratorio trasladado anoche desde Houston, *sheriff*. Parece ser que algunos residuos quedaron en el frigorífico de la Morgue, pero el propio frío ha alterado su composición que, por cierto, no responde en absoluto a la de los cuerpos químicos conocidos en la Tierra. Por otro lado, un rastro localizado anoche en los peñascos de la Roca del Indio por el equipo de técnicos, está siendo ahora estudiado por procesos químicos, espectrográficos y de todo tipo. De momento, los resultados parecen negativos, aunque se guarda total silencio sobre ello. La radiactividad en el área sigue estacionaria, y no alcanza el límite peligroso para el hombre, pero sorprende su persistencia. Es todo cuanto he podido obtener, *sheriff* Robeson no es demasiado amable con nosotros.

—¡Ese sucio negro!... —jadeó Mulder con ira—. Está bien, McPherson. Siga usted colaborando en todo eso. Iré por allí más tarde. Y hablaré personalmente con el maldito Robeson. Ese *sheriff* de piel de betún, va a oírme.

Colgó, malhumorado. Le disgustaba lo poco que se avanzaba en la investigación. Y lo muy poco que se sabía de todo aquello. Pero aún le disgustaba más Robeson. Para Mulder, un negro no podía ser investido jamás de autoridad alguna. Sin embargo, él no podía evitarlo. Cactus no era su condado.

Salió a la calle, todavía con el disgusto en el semblante. Se cruzó con

el doctor Hendrix en la alameda. Sorprendido, observó al hombre que acompañaba al médico.

—Buenos días, doctor —saludó. Y miró críticamente al desconocido.

—Hola, Mulder —sonrió Gary—. Este es mi primo Benson, de Santa Fe. Ha venido a pasar unos días conmigo. John, el *sheriff* Mulder, nuestra máxima autoridad local.

—Es un placer, señor —dijo fríamente Benson.

—Igual digo, señor Benson. Bienvenido a Canyon County. Pero no ha elegido fechas demasiado adecuadas para su visita, créame.

—¿No? —enarcó las cejas Benson—. ¿Por qué motivo, *sheriff*? Hace un tiempo excelente...

—No me refería a eso —puso gesto confidencial—. Ocurre algo en las colinas. Nos trae a todos de cabeza, Hendrix.

—Sí, ya lo he notado. Los patrulleros me cerraron el paso. Y se negaron a decirme nada. Tengo pacientes en Cactus County, usted lo sabe.

—Yo no mando allí. Es el imperio de Robeson, el *sheriff* negro —habló Mulder, despectivo—. Dígaselo a él, doctor.

—Pero ¿no es posible saber la naturaleza de los hechos, lo que ha ocurrido allí? Hay quien dice que podemos estar en el umbral de la Tercera Guerra Mundial...

—¿Guerra? No, no es eso. Cuando menos, no la clase de guerra que imagina, doctor —Mulder sacudió la cabeza—. Si pudiera hablarle, no me creería.

—¿Tan terrible es? —la ironía bailoteó en el tono de Hendrix, pero Mulder no la captó.

—Más de lo que usted se pueda suponer —jadeó el *sheriff*, pensativo—. Pero existe el *top-secret*, doctor. Es un asunto oficial, y el Ejército y el Gobierno Federal han tomado cartas en ello. De modo que estoy obligado a guardar silencio... Ya nos veremos, doctor.

Saludó con un movimiento de cabeza a Benson, y se alejó. Poco después, partía en el coche patrullero, polvoriento y largo, que suplía momentáneamente a su destrozado jeep.

—Qué poco se imagina ese hombre, Hendrix... que ha vuelto a tenerme ante sí —comentó irónico el extraño, con sus negros ojos centelleando.

—No lo hubiese admitido ni aun jurándolo sobre la Biblia, Benson —rio Hendrix.

—Estoy convencido de ello. Es un tipo rudo, sin imaginación, cruel y

violento por el gusto mismo de serlo. Extrañas autoridades las de ustedes, los humanos.

—No todos son iguales, por fortuna. Ese mismo *sheriff* de color de quien él habló, Robeson... es una excelente persona.

—Y marginado por la raza blanca, a causa del color de su piel —comentó sarcástico Benson—. Otra vez la xenofobia...

—Tampoco todos opinamos igual. La prueba es que ejerce un cargo público, a gusto de sus conciudadanos. Vamos, Benson. Es un problema demasiado complejo para discutirlo. No quisiera llegar al hospital después que ese hombre, Herman Maddox.

Subió a su coche. Benson se sentó a su lado, en silencio. Arrancó el vehículo. En la distancia, el horizonte se ennegrecía más aún. La lluvia parecía inminente.

Condujo hacia el edificio moderno y cuadrangular del hospital, tan frío e impersonal como todos ellos, estuviesen en Nueva York o, simplemente, en Canyon town.

* * *

—No, Gary. Aún no ha llegado Maddox. Y me extraña. Dijo que estaría aquí a las nueve.

—Las nueve... —Hendrix consultó su reloj de pulsera—. Son ya y quince minutos.

—Eso es lo raro —convino ella.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Dijeron en el hospital que es el hombre más puntual del mundo. Es de origen británico, Gary.

—Oh, entiendo —rio el joven médico—. Y lo entiendo bien. Mi padre era inglés, Selena.

—Bueno, ya sabes entonces —ella también rio de buen grado—. La hora justa. Y hoy falta a su norma.

—Quizá ya no le interesa comprar tu renuncia al juicio por una fortuna —señaló Hendrix.

—O quizá le ocurre algo que le ha entretenido —sugirió Benson—. Algo más importante que veinticinco mil dólares y una denuncia por imprudencia temeraria al volante...

Hendrix giró la cabeza, sorprendido. Le miró, con ojos intrigados. Pero eso no fue nada comparado con la reacción brusca de Selena Ross. La muchacha de los verdes ojos sin luz se irguió, rígida. Pareció

temblar, como si algo frío y sutil la rozase con su proximidad.

—¿Quién ha hablado? —preguntó, con voz profunda.

—Yo, señorita Ross —habló serenamente el extraño, con su modo frío y calmoso de exponer las cosas.

—Es... es John Benson, un amigo... casi un pariente —explicó torpemente Gary Hendrix—. Ha venido a verme desde Nuevo México. Pasará aquí unos días, y he pensado que podía acompañarme en esta visita...

—Señor Benson... —la voz de Selena tenía raras inflexiones. Seguía rígida, su mirada buscaba algo en el aire. El alienígena de humana apariencia se acercó despacio a ella—. ¿Eso es cierto?

—¿Por qué no habría de serlo? —sonrió Benson, cambiando una fugaz mirada con Hendrix.

—Sí, claro. ¿Por qué no habría de serlo? —repentinamente, ella se relajó. Aquella especial vibración de su ser todo, enfrentado al personaje desconocido, pareció ceder de pronto—. Por un momento pensé...

Otro cambio de mirada entre el médico y su nuevo amigo. Luego, Gary indagó, vivaz:

—¿Qué pensaste, Selena?

—Oh, nada —suspiró ella—. Una tontería, claro. No hablemos de ello. ¿Es su primera visita, señor Benson?

—Sí —los insondables ojos oscuros del extraño tuvieron un brillo profundo, remoto como la luz misma de los astros perdidos en el cosmos—. La primera... y acaso la última.

—Oh, no hable así. Sólo los que van a morir hacen algo por última vez.

—Cierto —convino Benson, enarcando las cejas. No desviaba su mirada de ella, como magnética por alguna oculta razón—. Yo no pienso ni deseo morir, señorita Ross...

—Nunca me hablaste de ese pariente, Gary —le reprochó ella a Hendrix.

—Bueno, no hemos tenido últimamente demasiada relación —se evadió el joven médico rural de Canyon County—. Pero tengo esperanza en que la visita de Benson no sea del todo improductiva para el futuro...

—Estoy convencida de que será así —dijo inesperadamente ella. Sonrió dulcemente, hacia donde Benson se hallaba erguido—. ¿Sabes algo, Gary? Los que perdemos el don de la vista... ganamos algo a veces. Otras formas de percibir a los demás, tal vez. Estoy segura de que

tu amigo es una persona admirable. Y digno de toda confianza.

—Señorita Ross, me pregunto yo, al oírla hablar así, si la verdadera luz está en nuestros ojos... o en algún otro punto de nuestro ser, donde ilumina con más fuerza —musitó enigmáticamente Benson.

En este instante, antes de que Hendrix o ella pudieran responder, se abrió la puerta y apareció una enfermera. Informó, cortés:

—El señor Maddox desea ver a la señorita Ross ahora mismo. ¿Puede pasar?

Hendrix y el extraño cambiaron una mirada. Selenia se había vuelto a poner rígida, pero con una expresión hostil y recelosa que antes no tenía. Fue ella quien dio la respuesta:

—Sí, que pase. Espero que no tenga inconveniente en hablar ante mi médico y... un amigo que está aquí para aconsejarme... en nombre de mi abogado. Dígaselo así, señorita Kelly.

La enfermera asintió, abandonando la luminosa estancia, que el día, nublado y lluvioso, convertía en gris y algo triste.

Poco después, regresaba y, en silencio, dejaba paso al impresionante personaje que, con mirada hostil, se enfrentó a la paciente ciega y a sus dos compañeros del sexo opuesto. Evidentemente, le desagradó encararse a tantas personas simultáneamente. Y no se recató en demostrarlo, con secas y concisas palabras:

—Señorita Ross, esperaba verla a solas... o con su representante legal como máximo.

—Señor Maddox, soy el doctor Hendrix, médico y amigo de la señorita Ross —replicó él con frialdad—. Y el señor Benson es... el representante del abogado de la señorita Ross. No hay problemas en discutir la cuestión ahora, imagino.

—Bien, si eso es cierto... —estudió de soslayo a Benson con aire poco amistoso.

—Totalmente, señor Maddox —confirmó ella—. Hable ya.

Benson, el alienígena, parecía muy interesado en el aspecto físico del recién llegado. Y por cierto que ese aspecto era impresionante de por sí. Pocas personas poseían la estatura y arrogancia de Herman Maddox, con sus más de dos metros, su rostro inescrutable, anguloso, como tallado en piedra, y sus sorprendentes ojos, claros como agua. El cráneo aparecía con el rubio cabello largo, rizado, exuberante. Un largo sobretodo negro hacía más imponente su apariencia. Era joven, no mayor de cuarenta años, fuerte, bien proporcionado, de rostro hermoso y viril. Se hubiera dicho que podía posar para un nuevo Apolo moderno

en mármol inmortal, despojándole de aquellas ropas.

Y, pese a todo, Hendrix advertía algo maligno en aquella apariencia hermosa, viril y poderosa, que parecía dominarlo todo con su sola presencia. Todo y a todos... menos al callado, frío e impenetrable John Benson.

—Seré breve, señorita Ross —empezó con helado método de prohombre de Canyon County—. Le hice una oferta por eludir engorrosos problemas legales que a nada conducen. Usted jamás alcanzará ante tribunal alguno una indemnización tan fuerte como la que, voluntariamente, le estoy ofreciendo. Con ello, me ahorraría gastos, tiempo y molestias, aun perdiendo dinero por otro lado. No hay nada ilícito en mi oferta. No trato de sobornarla ni coaccionarla, sino llegar a un acuerdo amistoso. En suma: veinticinco mil dólares, y usted retira su demanda. Automáticamente, el juez resolverá que usted tuvo culpa y responsabilidad en el accidente. Yo pagaré sus gastos y toda posible responsabilidad, aunque usted fue la única perjudicada en el hecho. No es que admita de antemano mi posible responsabilidad y trate de eludirla. Sólo quiero eludir juicios, citaciones y todo eso. Creo que el doctor Hendrix y el señor Benson, entenderán que mi oferta no puede ser ni siquiera igualada en el más optimista de los casos.

—Cierto —convino el joven médico—. Y yo me pregunto: ¿Por qué se muestra tan generoso, señor Maddox?

—Se lo he dicho repetidamente —sonrió con frialdad el interpelado—. No quiero juicios. Traigo en efectivo el dinero. Y un documento triplicado, en regla, para que lo firme la señorita Ross. Ustedes pueden orientarla honestamente, caballeros. Lean su texto, y decidan.

Extrajo un documento, y lo puso ante sus ojos. Hendrix lo tomó, comprobando que eran tres folios idénticos, mecanografiados limpiamente. Lo leyó. Todo en regla, como dijera Herman Maddox. Rechazar aquellas condiciones por el albur de un juicio, era una locura. Incluso habiendo perdido la visión por culpa de Maddox y su automóvil...

Por encima del hombro de Hendrix, los ojos oscuros y helados de Benson seguían las líneas mecanografiadas. Cuando Hendrix iba a opinar algo al respecto, ante la expectante calma de Selena, fue la voz inexpresiva del extraño la que sonó:

—¿Dónde sucedió ese accidente, señor Maddox? ¿A la entrada de su propiedad?

Hubo una reacción extraña en el aludido. Alzó la cabeza. Su azul,

glaucos miradas, se fijó en las pupilas oscuras de su interlocutor. Ambos se midieron en un largo, tenso silencio.

—¿Qué tiene eso que ver? —masculló Maddox, irritado.

—Me gustaría saber dónde sucedió —insistió Benson, ante la extrañeza de Selena y de Hendrix—. ¿Tiene algún motivo para ocultar ese dato a un representante legal de la señorita Ross tal vez, señor Maddox?

—No, ninguno —replicó adusto Herman Maddox—. Sí, ocurrió en los mismos límites de *Acres Dorados*, mi propiedad. ¿Qué puede importar eso ahora?

—*Acres Dorados*... —repitió Benson, enigmático—. Poético y hermoso nombre, señor Maddox. ¿Es muy amplia esa propiedad?

—Oh, diablo, son temas que no vienen al caso... Sí, muy amplia. Miles de acres, señor.

—Ya. ¿Cerca de... las colinas?

—Sí —la mirada azul se entornó, cauta, sin desviarse de él—. A una milla larga de las colinas, exactamente, por su lado sur. ¿Eso le preocupa tal vez?

—No. Eran simples preguntas curiosas, señor Maddox —sonrió Benson. Miró a Hendrix. Luego, a Selena—. Bien, la oferta está hecha. ¿Qué decide usted, Selena?

La joven invidente pareció dudar en sus convicciones. Sacudió la pelirroja cabecita con desaliento.

—No hay dinero en el mundo que pague por mis ojos —suspiró—. Pero ya los perdí. ¿Sería necio no sacar lo máximo posible de ellos. ¿Qué me aconsejas, Gary?

—Quisiera aconsejarte algo, plenamente convencido. Esa suma es envidiable, pero...

—Pero ¿qué, doctor? —se impacientó Maddox. Consultó su reloj—. Tengo asuntos graves pendientes. Es mejor que ella o ustedes decidan lo antes posible. No puedo perder mi tiempo lastimosamente. Creo que mi generosidad, a cambio de evitarme molestias engorrosas, es excesiva ya. No hay nada que discutir. Ningún juez le dará más de cinco mil dólares de indemnización total.

—Exacto —sonrió Benson—. Y usted da cinco veces esa suma. ¿Por qué, señor Maddox?

—¿Otra vez con eso? —se enfureció el magnate de Canyon County—. Les he dicho cien veces que sólo pretendo...

—...Evitarse molestias. Sí, señor Maddox, lo oí antes —Benson

caminó hasta Selena. Se paró junto a ella, extrañamente rígido, su mirada en el vacío—. Veinte mil dólares de regalo por unas simples molestias... ¿Y su coche, señor Maddox?

—¿Eh? —pegó casi un respingo el hermoso gigante rubio—. ¿Qué coche? Espera abajo...

—No, no me refiero al que le ha traído a usted al hospital. Usted mismo aceptó que podía aludir a otro coche... El del accidente, en suma. ¿Dónde está ahora el automóvil que arrolló a la señorita Ross, causándole la ceguera?

—Depositado en un garaje del juzgado local —dijo de mala gana Maddox, tras un pestañeo—. Está medio destrozado, pero es una evidencia.

—Ya. Y una vez firmado ese papel, usted tendrá derecho a recuperar esa «evidencia», por sobreseimiento de la causa —sonrió Benson, glacial.

Selena, perpleja, había levantado la cabeza, fijando sus ojos sin luz en el lugar de donde le llegaba la voz confiada y fría del desconocido. Hendrix, aturdido, no perdía de vista a su nuevo amigo. Intuía que algo empezaba a andar mal para Maddox. Algo sorprendente y, tal vez, insospechado.

—No hablamos ahora de nada de eso, sino de mi oferta. ¿Va a firmar ella o no? —masculló Maddox. Y de su bolsillo extrajo un paquete precintado por el Banco local—. Aquí hay veinticinco billetes de mil dólares. Es su seguridad para el futuro, señorita Ross. Nadie puede ya devolverle sus ojos, por desgracia. Pero el infortunio es más llevadero con medios económicos. Puede montar un pequeño negocio, manejar dinero sin problemas... Pero decida pronto. Me marcho en dos minutos. Y no habrá nueva oferta ni nueva reunión. Ahora... o nunca.

—*Nunca*, señor Maddox.

—¿Qué? —saltó, aturdido, el millonario—. ¿Eso es... definitivo?

—Benson, por Dios, no se precipite... —masculló Hendrix, estremeciéndose.

Sólo la joven, la más interesada en el problema, permaneció callada, a la espera, como en tácito acuerdo con el hombre que estaba tirando por la borda una fortuna considerable. Sin revelar en su gesto protesta o disgusto de ninguna clase.

—Váyase, señor Maddox —dijo Benson, glacial—. La señorita Ross no acepta.

—Benson, espere aún —trató desesperadamente Gary Hendrix de

contemporizar.

—No hay nada que esperar —la dureza y autoridad de Benson era impresionante—. La respuesta ha sido «no». Eso es todo. Buenos días, señor Maddox. El juicio seguirá adelante.

—¡Está usted loco! —protestó Maddox, al parecer afectado—. ¡Señorita Ross, no puede permitir que ese hombre tire por la borda el mejor negocio de su vida...!

—Mi mejor negocio, señor Maddox, lo perdí al chocar con usted aquel día y perder mis ojos —replicó ella, con frialdad—. Ya oyó antes: el señor Benson representa mis intereses. Y su respuesta ha sido concreta: no.

—No... no tiene sentido —Maddox irguió su colosal estatura—. Incluso podría subir a treinta mil dólares, aunque eso ya sería ruinoso para mí...

—No, señor Maddox —insistió, terco, Benson.

—¡Cincuenta mil en dos plazos! Uno, ahora. Otro... mañana —argumentó Maddox—. ¡No quiero procesos ni líos judiciales, malditos sean todos!

—No —sostuvo, rotundo, Benson—. Ni cien mil. Perdió su baza. Buenos días.

Maddox, lívido, resopló. Le miró agresivo, con ira irreprimible. Luego dio media vuelta, salió, dando un fuerte portazo tras de sí...

Pero antes, dejó flotando su última palabra en el ambiente:

—Van a arrepentirse todos. ¡Palabra que lo sentirán!

Se quedaron solos los tres. Benson parecía en tensión, como sometido a una fuerte descarga eléctrica. Se relajó de repente. Hendrix cayó jadeando en un asiento.

—¡Cincuenta mil! —susurró—. Benson, está loco... Usted no puede entender... Selena, ¿cómo dejaste que él...?

—Ella ha entendido mejor que usted —dijo calmoso Benson. Puso su mano, suave e inesperadamente, en un hombro de Selene—. Me entiende, ¿verdad, amiga mía?

—Sí —susurró ella, como en éxtasis, singularmente dócil—. Lo entiendo. Usted hizo bien. No sé por qué, pero hizo bien...

—¡Selena, ibas a ser una mujer rica! —protestó Hendrix—. No ganarás nada rechazando todo ese dinero...

—Sé que él lo dijo —habló Selena, risueña—. Debe estar bien, Gary.

—¡El!... —se dominó el joven médico dificultosamente—. Cielos, deberías saber...

—No hace falta, Hendrix —cortó suavemente el extraño, mirándole con dulzura—. Creo que ella entendió antes que ningún otro... Hay cosas que no necesitan ojos para ser vistas...

—Sí, Gary —asintió Selena con lentitud—. Benson... Benson no es tu amigo ni tu pariente. No sé quién es, pero... es *diferente*. Diferente a todos nosotros, puedo percibirlo. Es... el hombre que me aconsejó bien. Hay algo raro en esa oferta, ¿no lo entiendes? Incluso diría que algo... *algo siniestro*...

Hendrix miró, perplejo, a su amigo extraterrestre. Benson sonreía con cierta melancolía. Soltó el hombro de la joven. Caminó hacia el médico.

—Ella acertó una vez más, Hendrix —dijo, pausado—. Los ojos no sirven para verlo todo... Sí, hay algo siniestro en esa oferta. Y en ese hombre... ¿Sabe una cosa, amigo mío?

—¿Qué? —indagó Gary Hendrix, todavía confuso.

—Lo acabé de intuir apenas le vi entrar. Herman Maddox, por alguna causa, es... mi enemigo. Un enemigo mortal, Hendrix. Para mí, y quizá para muchos otros...

—¿Qué quiere decir? —se asombró el médico.

—No sabría decirlo aún, amigo mío. Lo intuí cuando hablé anoche por teléfono. Ahora, es algo más que intuición. Ese hombre... ese hombre *despide un grado de radiactividad superior al de toda forma viviente* sobre la Tierra... Y resulta raro, pero es una radiactividad que sus instrumentos no pueden captar, Hendrix...

CAPÍTULO VI

—Se ha dado cuenta. Estoy seguro.

Asombrado, Branko Ingram clavó su mirada gris en el hombre que hablara. Parecía no dar el menor crédito a sus oídos.

—No estará hablando en serio, ¿verdad, señor? —musitó al fin.

—Muy en serio, Ingram. Ese forastero ha captado algo, no sé el qué.

—Pero... ¡pero eso es imposible, señor Maddox! —protestó su secretario.

—Parece imposible. Sin embargo, su modo de mirar... y algo en él... —reflexionó unos breves instantes, y luego habló tajante—: Ingram, hay que actuar de prisa.

—¿Actuar? Aún no estamos en situación de...

—No me refiero a eso, estúpido —se irritó el hermoso gigante rubio—. La acción debe de ser otra. Mi coche, por ejemplo...

—¿Su coche, señor?

—Sí, el que sufrió el accidente. Hay que hacerlo desaparecer lo antes posible. Sin pérdida de tiempo. Presiento que ese desconocido sospechó algo, y planea investigar...

—¿Investigar? ¡Pero si *no puede* saber nada!...

—Eso es lo extraño... —susurró Maddox—. No puede saber nada, en buena lógica. Y, sin embargo... sabe. Lo sé. Lo presiento. Lo vi en sus ojos... Arregla todo, Ingram. Esta misma noche quiero que ese automóvil desaparezca. Con todo lo que significa, ¿entendido?

—Claro, señor Maddox. Perfectamente entendido —y hubo un destello de astucia y de malevolencia en los ojos hundidos de Branko Ingram.

Gary Hendrix se puso tenso. Irguióse, tras su escondrijo en el pasaje oscuro.

—¿Será posible? —musitó para sí—. No puedo creer que ese hombre... o lo que sea... tenga razón...

Y, sin embargo, parecía que iba a tener razón. Una furgoneta oscura acababa de detenerse al final de la calle. Lo bastante amplia en su cabina posterior de carga, como para meter en ella un automóvil poderoso. Especialmente, si estaba hecho un acordeón.

Ese era el caso del vehículo encerrado en aquel garaje por orden judicial. Era una evidencia contra Maddox, para cuando la demanda legal de Selen Ross se viese ante el juez.

Hendrix hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta. La llovizna no calaba el tejido impermeabilizado de la misma. La noche era inclemente y oscura, pero no fría. Tocó el helado acero pavonado de la pistola automática.

Era otro consejo de Benson, el misterioso ser que decía haber llegado de otros espacios cósmicos. Debía de ir armado precisamente esta noche. Y cuidar de que el automóvil de Maddox no fuese robado del garaje donde esperaba el día del proceso.

Al principio, todo eso le había parecido una pura fantasía. Ahora, empezaba a preguntarse si, realmente, Benson poseía facultades más allá de la propia telepatía y de la parapsicología y todos los demás enigmas de la mente. Por el momento, todo estaba resultando como él predijera al irse Maddox del hospital: un grupo de hombres vestidos de oscuro, con ropas de cuero lustroso, negro como el charol, descendían de la furgoneta, abriendo sus puertas traseras tras mirar recelosamente en torno.

Se desplazaron silenciosamente por el pasaje. Avanzaron hacia la puerta metálica, cerrada de forma hermética, tras la cual se hallaba aquel codiciado automóvil, prueba de una imprudencia de tráfico que podía costarle como máximo unos miles de dólares a Maddox, pero nunca cincuenta mil, ni tan siquiera la mitad o la tercera parte.

El joven médico hubiera sentido más seguridad de tener a su lado, en esos momentos, al propio Benson, con su inquietante y sólida presencia. Pero él había insistido en que actuase solo, y con total confianza. Cuando fuese preciso, él intervendría, podía estar seguro de eso.

Hendrix no se sentía demasiado seguro. Pero estaba decidido a actuar, en ayuda de Selen y de su causa. Ahora se hallaba tan

convencido como el propio Benson parecía estarlo, sobre la misteriosa, inexplicable motivación que empujaba a Maddox a hacer una oferta fabulosa por algo en apariencia mucho menos trascendente, pese a la gravísima influencia que tuvo en la vida de Selena Ross.

Los hombres de trajes de cuero brillante estaban ya cubriendo los puntos estratégicos de la calle. Dos de ellos violentaban el cierre metálico, para tener acceso al automóvil de Herman Maddox...

Hendrix les dejó entrar. E incluso introducir en el garaje unas piezas portátiles, rodadas, a las que sin duda ajustarían el destrozado coche para su traslado al lugar donde indudablemente iba a ser ubicado: él interior de la pesada furgoneta de oscura carrocería.

Apenas reaparecieron con el coche destrozado, Gary se apresuró a actuar conforme a lo previsto. Los hombres se detuvieron cerca de él, para maniobrar con el maltrecho vehículo, cuya mitad delantera era pura chatarra abollada. Rápido, Hendrix enfiló la portezuela abierta, colgante, del asiento posterior. Y se lanzó adentro, de bruces sobre el tapizado del suelo. Se quedó allí agazapado, pistola en mano. Rodó el coche en silencio, sobre el mojado pavimento. La lluvia aumentaba en intensidad, y repiqueteaba ya con fuerza sobre la desgarrada carrocería del automóvil accidentado.

Cuando le subieron al vehículo de carga y se cerraron tras él las puertas, sumiéndole en la oscuridad, Hendrix supo que se había embarcado en una extraña aventura de imprevisible final que, ciertamente, no ofrecía nada de cósmico o espacial en su apariencia. Y, sin embargo, Benson había visto algo insólito, algo fuera de lo normal en todo aquello. ¿En un simple plano terrestre y humano... o en algo más?

La pregunta no tenía respuesta para Gary Hendrix, agazapado ahora dentro del automóvil destrozado. Se incorporó lentamente, para revisar en torno. Los hombres de uniforme de negro cuero, habían cumplido su misión con rapidez y método: el coche era ya suyo. Nadie podría probar que fue robado por orden de Maddox. Nadie... salvo él mismo. Si sobrevivía a la extraña aventura.

Sentía rodar la furgoneta bajo sus pies. El suelo era llano y suave. Sin duda, la carretera general del condado. Poco más tarde, el rodar se hizo más incierto y desigual. El suelo era abrupto, accidentado. Trató de recordar. Conocía bien la topografía de Canyon County. Eran muchos años actuando como médico rural. El camino hacia *Acres Dorados*, la gran propiedad de Maddox, podía responder muy bien a este trazado.

Estaba seguro de que así era.

Acres Dorados...

Recordó. El alienígena le había hecho raras y bruscas preguntas sobre esa propiedad, sobre su extensión... ¿Qué relación tendrían esas preguntas con la hacienda de Maddox? ¿Y con el accidente y la oferta desorbitada del magnate de Canyon County?

Había tantas lagunas sombrías en el misterio... Hubiera querido ser Benson para ahondar mentalmente en el enigma. Pero él era simplemente humano. Y ahora empezaba a darse cuenta de lo limitado de tal condición. E incluso de lo que significaba xenofobia...

Mulder, el representante de la ley, había asesinado a dos visitantes pacíficos y amistosos, sólo por ser monstruosos de aspecto... para el concepto de la belleza física que poseen los hombres. Otro visitante fue herido de gravedad. Y en vez de sentir rencor hacia ellos, los terrestres, estaba tratando de ayudar a una muchacha invidente y, tal vez, de rechazo, a la misma ley que le retenía a la fuerza en el planeta Tierra, y que le había privado de sus leales camaradas de viaje cósmico...

—Dios mío... —murmuró para sí Gary Hendrix, volviendo a su refugio dentro del automóvil, apenas notó que la velocidad del vehículo de carga decrecía—. ¿Eso es lo que nosotros consideramos espíritu humano? ¿Dónde radica el mal de nuestra sociedad supercivilizada...?

No había respuestas. Y un momento más tarde, empezaban a abrirse las puertas posteriores de la furgoneta. La voz de Herman Maddox le llegó, inconfundible:

—Está bien. Bajad el coche. Y extraed de él, en seguida, lo que contiene bajo el asiento posterior. Luego... destruid el vehículo sin dejar el menor rastro.

Hendrix supo que había llegado el momento. Él estaba pegado al asiento trasero. Unos hombres se movían ya hacia el lugar señalado por la voz de Maddox. No quedaba otra solución que entrar en acción inmediatamente. Eso, o ser quizá asesinado allí mismo.

De modo que entró en acción.

* * *

Hendrix saltó fuera del automóvil, apenas fueron abiertas las portezuelas del vehículo, al descenderlo a tierra.

Hubo una imprecación de uno de los empleados de Maddox con negro uniforme de cuero, al recibir el impacto de la culata de la pistola

del joven doctor, y luego el golpeado rodó a los pies de Gary con pesadez.

—¿Qué significa esto? —aulló Maddox, palideciendo. Señaló a Hendrix—. ¡Captúrenlo! ¡Lo quiero vivo! ¡Es un intruso!

—Si alguien me ataca, dispararé sobre usted, Maddox —avisó fríamente Gary Hendrix, encañonando al magnate de Canyon County—. De modo que hará bien en cambiar de idea.

—Un momento —cortó Maddox con frialdad. Estudió gravemente a Gary con sus ojos herméticos y fríos. Seguía siendo un hermoso, arrogante rufián, pensó Hendrix. Y de nuevo acudió a su mente el concepto xenófobo de la sociedad humana. Cualquiera, entre él y el monstruoso ser llegado de otro planeta, no dudaría en elegirle como símbolo de la bondad y la nobleza. Y a Benson le acusaría de perversidad y mala fe, de odio y de virulencia... El maldito maniqueísmo de los humanos, como una aberración latente siempre...

—¿Qué quiere ahora, tratando de ganar tiempo, Maddox? —silabeó Hendrix—. Ese coche no va a serle fácil deshacerse de él. Lo que contiene deberá ser examinado por la ley.

—¿Qué pretende usted al venir aquí, Hendrix? Es sólo un médico, no un policía. ¿Quién le ha metido en este lío? ¿La señorita Ross... o ese extraño individuo, el señor Benson?

—¿Por qué supone que sea él? —replicó Hendrix, secamente.

—Lo intuyo —rio con malignidad Herman Maddox—. Y sé que acierto... Ahora hablemos de usted. Se está dejando embaucar en un feo asunto. Esta es mi propiedad. Está dentro de ella en estos momentos. Puedo hacerle matar impunemente, acusándole de invasión de mi finca, sin previa autorización.

—No lo hará. Le tengo encañonado. Y esta arma no es un juguete, Maddox.

—Lo sé —sonrió con ironía el millonario—. ¿Qué busca metiendo sus narices aquí? ¿Dinero?

—No. Sólo justicia. Esto que hizo es un robo en toda regla. Hurtó su coche, que está requisado por la justicia. Si le acuso de eso, ¿cómo espera explicarse?

—No va a acusarme de nada. Para ello tendría que salir vivo de aquí. Y ese no será su caso, Hendrix, puesto que se ha metido en lo que no le importa.

—Está fanfarroneando, Maddox. Usted no puede hacer nada contra mí, o dispararé en el acto. Una vez muerto usted, veremos lo que

sucede.

—De modo que ha venido a conminarme con un arma en mi propia casa, y pretende descubrir lo que oculta mi automóvil y saber así por qué ofrecí tanto dinero a la señorita Ross, aunque ella lo rechazase estúpidamente, por culpa de ese amigo de ustedes.

—Es, aproximadamente, lo que pretendo hacer —aseguró Gary, con frialdad.

—Pues está usted cometiendo un grave error, imbécil —silabeó Maddox—. Puedo hacerle matar ahora mismo, si lo deseo. Y usted no me hará nada a mí, aunque quiera.

—¿Por qué no lo prueba, Maddox? —le desafió Hendrix, algo incómodo ante la rotunda seguridad de su interlocutor.

—Muy bien. Veamos lo que puede contra mí. ¡Vamos, capturen a ese hombre! ¡Quítenle su arma! —ordenó, abrupto, a sus subordinados.

Los hombres de uniforme negro se movieron hacia él, rodeándole en silencio. Gary Hendrix encañonó a Maddox, decidido.

—¡No se muevan! —rugió— ¡O el segundo disparo irá a la cabeza de su jefe! ¡Esto es sólo un aviso!

Y disparó el arma sin vacilar, aunque apuntando alto sobre Herman Maddox.

Sucedió algo increíble.

Su arma llameó, lanzando un proyectil que, apenas llegó a nivel de donde se hallaba Maddox, aunque muy por encima de él, emitió un sonido chirriante, como un rebote... y la bala cayó a tierra, a los pies del millonario.

Este soltó una agria carcajada.

—Puede usted disparar, Hendrix —le desafió—. Ninguna de sus balas puede alcanzarme.

Gary Hendrix lo intentó, pese a todo. Disparó a un brazo y una pierna del millonario, dispuesto a jugarse la última y desesperada baza.

Los dos estampidos fue lo único que obtuvo de su arma. Las balas, como antes, parecieron chocar con un muro invisible, que rodease al alto, rubio y arrogante magnate. Este, imperturbable, soportó los disparos sin un solo pestaño, como burlándose de él.

—¿Qué significa...? —jadeó Gary, aturdido.

—Significa su fracaso. Y su muerte...

—No sé lo que le ocurre, Maddox. Pero aún no estoy vencido. —Se volvió a los hombres armados y les encañonó con su arma humeante—. Dispararé sobre ellos, que no creo tengan la misma extraña protección

que usted.

—Ya basta de juegos, doctor —se irritó el millonario—. Es mi prisionero, entérese de una vez por todas. Y su vida está sin remedio en mis manos.

Algo, una fuerza desconocida y tremenda, pareció agitar el brazo armado de Gary Hendrix, y le obligó a abrir los dedos, arrebatándole la automática, que pareció bailotear sola, en el aire, por arte de una extraña magia.

Luego, inesperadamente, se convirtió en algo fofo, blando, goteante... y cuando tocó el suelo, era como si una fuerza incandescente, un fuego invisible, hubiese derretido el acero pavonado del arma, reduciéndolo a algo parecido a oscura cera blanda.

—No es posible —musitó Gary Hendrix, viéndose inerte ante el nutrido enemigo, tras la increíble demostración de poderes superiores de Herman Maddox—. ¿Cómo pudo conseguir usted esos fenómenos, Maddox? ¿Sugestión, hipnosis, acaso?

—No sea necio. Hice exactamente lo que vio. Un muro magnético me rodea, haciéndome invulnerable a sus ridículas balas, doctor Hendrix —silabeó con desprecio el magnate—. En cuanto a su pistola... fue presa de una onda poderosa de energía térmica, capaz de derretir cuerpos mucho más resistentes que el acero en apenas un segundo. Casi tan fácil de manipular y conducir como un simple rayo láser para perforar una plancha de metal.

—Esos conocimientos científicos... Maddox, ¿qué clase de persona es usted? —jadeó Gary Hendrix, sintiéndose por vez primera como el ratón cogido en un cepo perfecto, del que era imposible salir—. No será un... un extraterrestre, un ser de otro planeta.

—Me temo que no, doctor Hendrix. Soy tan tremendamente humano como usted. Sólo que mis poderes son muy superiores a los suyos y a los de otras personas vulgares. Ahora ya sabe que no soy como los demás, y eso le sentencia inapelablemente.

—¿Sentenciarme? —Hendrix entornó los ojos, sin revelar temor o angustia en su gesto—. ¿A muerte, por fin?

—Es algo que estudiaré con calma. Nadie, ni siquiera su singular amigo Benson, puede sacarle ya de aquí. Por el contrario, me gustaría que él viniese aquí a intentarlo... Entonces tendría también él una prueba de mi poder. Su sentencia, por el momento, se limita a vivir siempre aquí, sin la menor posibilidad de recuperar su libertad.

—¿Aquí? ¿En *Acres Dorados*, su granja?

—Aquí. En *Acres Dorados*, sí. Pero no en mi granja, sino en su subsuelo.

—¿El subsuelo? ¿Alguna instalación bajo los cultivos, Maddox? ¿Un escondrijo secreto? Parece pensar en todo. Es como si tuviera aquí una fortaleza oculta donde hacerse fuerte ante los demás.

—No lo sabe usted bien —rio Maddox, glacialmente—. Pero va a saberlo muy pronto. Sígame. Mis hombres le controlan. No intente nada. Son todos expertos en karate y otras artes mortíferas de lucha. No sobreviviría un instante ante ninguno de ellos.

El joven médico, aturdido, siguió a Maddox. Entretanto, algunos de los hombres se introducían en el coche destrozado, para manipular algo en su interior. Eso seguía picando su curiosidad.

E indagó de su captor:

—Maddox... ¿Qué hay exactamente dentro de ese automóvil, para que usted quisiera pagar tan elevada suma a Selena Ross, para que no fuese examinado judicialmente en su momento? Si no he de salir jamás de aquí, creo que no habrá inconveniente en saberlo.

—Lo va a saber en seguida —habló el millonario, caminando ante él, con altivez—. El día del desgraciado accidente con la señorita Ross, en el que ella perdió su facultad visual..., yo venía hacia *Acres Dorados* con mi generador especial, el que ha de convertirme en el ser más invulnerable y colosal de todo el mundo e incluso de todo el Universo.

—¿Un generador? ¿Para usted? —pestañeó Gary Hendrix—. Creí que era un elemento sólo aplicable a cuerpos artificiales, no a seres humanos, a menos que posean una batería en su corazón o cosa parecida.

La risa de Herman Maddox sonó rara en sus oídos. El millonario se detuvo de repente, y giró la cabeza, contemplándole con sarcasmo.

—Usted acaba de poner el dedo en la llaga, aun sin darse cuenta, doctor —comentó con singular entonación—. Necesito un generador en todo momento, aunque usted lo dude, no porque mi corazón o mi riñón o mi cerebro funcionen con una batería eléctrica, sino sencillamente porque *todo yo soy artificial*. Soy *solamente* un robot, doctor Hendrix. El más perfecto robot jamás creado en la historia.

CAPÍTULO VII

El hombre que se hacía llamar John Benson abrió sus ojos nuevamente.

El período de concentración había terminado. Sentía su cerebro funcionar a toda presión, tras el esfuerzo vigoroso, que puso en tensión todas las complejas células mentales de que era dueño.

—Existe algo que aún no veo claro —susurró, hablando consigo mismo—. Pero debo seguir adelante... Hendrix no pudo hacer nada. Está prisionero en *Acre Dorados*. Eso significa que Maddox posee medios defensivos especiales. La pistola del doctor le hubiese herido, en caso contrario...

Pese a que la situación parecía complicarse, sonrió de modo extraño, como podía sonreír un ser humano lleno de sentido de la ironía. Pese a que él no era un ser humano, ni conocía otra ironía que la captada mentalmente de los hombres que le rodeaban. La facultad de adaptación a las formas de vida existentes, era el más notable fenómeno físico mental de los seres de su raza y de su mundo.

Selena Ross habló despacio, a sus espaldas:

—¿Qué sucede exactamente, Benson?

Él se volvió despacio. Miró a la bella joven invidente.

—Creo que su amigo está en apuros —dijo, escueto.

—Dios mío... —se agitó ella—. ¿Peligra Gary?

—Pudiera ser. Pero intentaremos ayudarle. ¿Le importa a usted mucho el doctor Hendrix?

—Mucho, sí —suspiró ella, con angustia—. No deje que le ocurra nada malo, por Dios...

—¿Por qué supone que yo puedo ayudarle hasta ese punto?

—No lo sé. Lo intuyo. Usted es... distinto. Especial.

—¿Distinto a quién?

—A todos nosotros. No necesito mis ojos para saber eso, Benson.

—Sí, me di cuenta de eso anteriormente. Con sus ojos le hubiera sido más difícil. —Caminó despacio, silencioso, hasta la joven ciega. Contempló sus hermosos ojos verdes, vacíos—. ¿Está usted... enamorada de Gary Hendrix?

—Sí. —Selena suspiró, bajando la cabeza—. Siempre lo estuve. Antes de... de esto, incluso.

—Bien. Creo que él comparte esos sentimientos.

—¿El? ¡Pero si soy solamente una pobre invidente! ¡Ya no es posible que Gary...!

—La ceguera física no puede ser obstáculo para un amor auténtico —puso sus dedos sobre los párpados de ella, pensativo—. ¿Siente algo especial ahora, Selena?

—Su proximidad... Su... su fuerza. ¿Quién es usted, exactamente?

—Un amigo —suspiró Benson—. Quédese aquí. Debo ir en ayuda de Hendrix. Y posiblemente, de todos ustedes, los humanos.

—¿Qué quiso decir con eso? —se inquietó ella, mientras el Extraño avanzaba con largo paso hacia la salida de la estancia hospitalaria.

—Es largo de explicar, pero creo que ahora sé por qué estoy yo aquí... y qué es lo que me atrajo a este lugar. Sólo espero que sea aún tiempo de evitar lo peor.

—¿Lo peor? —insistió Selena, ya con Benson en la puerta de la habitación—. ¿Y qué es lo peor?

—El fin, Selena. El fin de todo. El Apocalipsis, en suma.

Y ante el escalofrío de ella, salió, cerrando tras de sí sin apenas ruido.

* * *

—El fin...

—Sí, doctor Hendrix. Usted quería la verdad. Toda la verdad, ¿no? Bien, ahí la tiene ya. Ante sus ojos. Es el fin. El fin de su hermoso y perfecto mundo. El fin de la vida humana.

—¿Se ha vuelto loco? —jadeó Hendrix, mortalmente pálido.

—Las máquinas nunca nos volvemos locas —rio lentamente Herman Maddox—. Somos perfectas, doctor. Fríamente perfectas. No sentimos. No sufrimos. No vacilamos.

—Usted... ¡una máquina! —Gary meneó la cabeza, dominando su alucinado estupor—. No puedo admitirlo, ni siquiera aquí dentro. Se

está burlando de mí. ¡Es ridículo!

Su voz retumbaba en el hueco silencio de la extraña, enorme, metálica bóveda en cuyo interior se hallaban, bajo una especie de cúpula herméticamente ajustada, pero en segmentos deslizables, de metal blanco.

Delante, una enorme pantalla presentaba en diversos fotogramas televisados, diferentes puntos de la Tierra: Nueva York, Londres, Tokio, Moscú, Pekín, París... Todas las imágenes en color. Y entre ellas, un gigantesco reloj cuya aguja roja se movía lentamente en sentido circular, marcando el tiempo para algo.

En un estrado de aquel insospechado fortín subterráneo, bajo *Acre Dorados*, se hallaban ahora Maddox, el doctor Hendrix y algunos de los silenciosos servidores de Maddox.

Abajo, en torno de ellos, en la gran nave central, numerosas figuras rígidas, uniformadas de amarillo, computaban en grandes cerebros electrónicos complejas programaciones previas.

Todo tenía un increíble aire de ficción, pero Hendrix sabía que era real. Lo único inadmisibile era que aquel hombre de carne y hueso, tan humano como él mismo, fuese un robot.

Maddox respondió, calmoso:

—Me tiene sin cuidado que me crea o no. Soy la obra de un científico genial. Creó el *cyborg* perfecto: yo. Mi apariencia es de auténtica carne viva y humana, mis reacciones están perfectamente programadas como lo estarían las de cualquier ser humano. Pero mi interior es todo puro mecanismo, complejas células electrónicas... Necesito energía vital. Es mi único punto débil. Ese generador, averiado en el desdichado accidente, era el que podía proporcionarme un circuito continuo de energía durante décadas enteras. Luego se generaba por sí solo, y así indefinidamente... Ahora deberé esperar a crear otro.

—¿Usted... crear? Si es una máquina, sólo puede obedecer, ser programado...

—No, doctor. Soy demasiado perfecto para eso. El científico que me creó quiso moldear un ser humano exacto, pero infinitamente más perfeccionado que cualquier criatura viviente. Así soy yo. Puedo pensar, planificar, crear, idear por mí mismo... Poseo total autonomía.

—Una máquina que *piensa y siente*, ¿no? —se estremeció Gary Hendrix.

—No. Sólo *pienso*. No *siento*. No soy sensible a nada ni a nadie. Es la perfección total. Nada de sentimentalismos inútiles. Nada de

debilidades humanas. En cuanto a mi modo creador, preciso como todo científico: laboratorios, instalaciones... Mi cerebro superior hace lo demás.

—Pero *alguien* le creó a usted primero, puesto que es una máquina increíble. Ha citado a un científico. ¿Quién fue?

—Laszlo Kovacs —informó fríamente Maddox.

—¿Kovacs? —arrugó el ceño el joven médico, forzando su memoria—. Recuerdo a un Kovacs. Un notable físico y cibernético, un biólogo de excepción también... Murió misteriosamente hace años.

—Exactamente hace cinco años —sonrió Maddox, gélido. Su hermosa arrogancia de guapo monstruo cibernético, se reveló ahora desapasionada y fría como un témpano. Como algo deshumanizado por completo—. Casi el tiempo exacto de mi existencia, doctor.

—¿Tuvo algo que ver su muerte... con... con usted? —sintió Hendrix un sutil escalofrío.

—Sí, mucho —afirmó—. Yo maté a mi creador.

—¿Qué?

—Me hizo tan perfecto, que podía sentir odio y desprecio. Eso sentí por él, pese a su genialidad al crearme. Yo era superior a mi creador, y eso me hacía sentirme molesto con su presencia. Le destruí con mi propia fuerza mental. Nada pudo contra mí.

—Es... es monstruoso —silabeó el médico—. Creo que se equivocó antes en algo, Maddox. Usted es una máquina, tal vez. Pero también las máquinas enloquecen. Usted es un robot *demente*. Enloqueció. Sus circuitos se debieron averiar o desorbitaron su real valía. Sigue siendo muy inferior a todo lo viviente de este o de otros mundos, Maddox, le guste la idea o no.

—Otros mundos... —Miró fríamente a Hendrix—. ¡Claro, eso es! ¡Debí entenderlo antes, estúpido de mí! ¡Anticiparé el gran final! ¡Ese Benson es un *extranjero*! ¡Un visitante de otro mundo, ahora veo claro! ¡Por eso su poder mental, su fuerza, su peligrosidad! Yo le aniquilaré, yo destruiré su poder, su existencia... ¡junto con la de *todos* los humanos!

—Se lo dije. ¡Está loco, Maddox, sea máquina o ser viviente! —jadeó Gary, convulso—. ¡No ganará nada con ese fin del mundo que ha preparado! ¡Es su propio fin también!

—Se equivoca —rechazó Maddox, hermético. Señaló las pantallas—. Mire ahí, Hendrix. Será el único ser humano que asista al fin de su propio mundo de modo privilegiado. Verá caer en pedazos cuanto

significa su civilización, su poder, su grandeza... ¡Y nosotros, nosotros, las máquinas, podremos salir luego, tras el holocausto provocado por mis ondas destructoras de materia! Porque nosotros, Hendrix, precisamente por ser sólo máquinas..., resistiremos toda posible contaminación, epidemia, todo hedor de millones de cadáveres... ¡Seremos la única y futura raza del planeta Tierra! Y eso será el principio, simplemente, para seguir adelante y llegar a otros mundos remotos.

—Es demencial —le acusó Gary—. Sí, las máquinas enloquecieron también. ¡Pero no van a lograr destruir ese mundo, hermoso o no, perfecto o imperfecto, que nosotros creamos!

Y se abalanzó, frenético, sobre Herman Maddox.

Apenas había saltado en el aire, la frígida mirada de Maddox se fijó en él, terrible y taladrante. Hendrix se encogió, con un alarido. Pareció voltear en el aire, entre zigzagueos de luz cárdena, y cayó al suelo de blanco metal espejeante, entre convulsiones casi epilépticas.

Nadie se había movido en derredor. Bastaba la fuerza mental y visual de Maddox, para aniquilar toda resistencia por parte del joven médico.

—Ridículo humanoide... —silabeó el robot humano—. Pude haberte destrozado, pero me divierte tu propia pequeñez, tu impotencia vergonzosa ante lo irremediable. ¡Mira, mira ahora! ¡El fin de tu planeta comienza!

Presionó un resorte en un tablero electrónico. Luego, una tecla roja, luminosa. El reloj de aguja escarlata se detuvo, iluminándose totalmente en rojo. Ululó una sirena sibilante en toda la enorme sala abovedada, de blanco metal.

Y ante la mirada despavorida e impotente de Gary Hendrix... ¡comenzó en las pantallas de televisión el fin del mundo!

CAPÍTULO VIII

El fin del mundo...

Todo el horror del caos final. El Apocalipsis simultáneo...

Enormes edificios neoyorquinos se venían abajo, entre raudales de agua que surgían del Hudson, volcando embarcaciones de todo tonelaje. La estatua de la Libertad se agrietaba y hundía en el fondo de las aguas... Grandes barcos, frente a la costa atlántica de Estados Unidos sufrían embates feroces, se partían en dos, iban a pique, en un océano convulso, con oleaje de cientos de pies...

París era un horror. La Torre Eiffel, un muñón de metal retorcido, aplastando a miles de parisienses bajo su peso demoledor... El Sena penetraba en los edificios que se desmoronaban. Los Inválidos y Nôtre Dame eran simples ruinas humeantes ya...

El Parlamento de Londres asomaba sus agujas en un Támesis revuelto y crecido, que lo anegaba todo. La tierra se abría, engullendo autobuses, edificios, gentes...

Moscú era un caos delirante. El Kremlin y las torres bizantinas eran castillos de naipes ferozmente abatidos.

Pekín se agitaba entre convulsiones, Roma ardía de nuevo, como en una nueva época de Nerón...

—Dios mío, no... ¡No! —sollozó Hendrix, lívido, desesperado, sin poderse mover de su invisible encierro, aprisionado entre algo magnético que le aferraba—. ¡Todo destruido! Cobardes..., monstruos malditos. ¡El mundo temiendo a los extraños, a los invasores de otros mundos... y el peligro lo tenía aquí, entre nosotros! ¡En nuestra ciencia, en nuestra propia obra! Selena, criatura... Selena, ¿qué habrá sido de ti, ciega ante ese horror que te habrá devorado para siempre?

Y a su lado, orgulloso, arrogante, triunfal, dominador de un mundo que las cámaras de televisión múltiples dispersas por el planeta,

revelaban en la agonía total, Herman Maddox, el robot humano, la máquina perfecta y enloquecida creada por un científico genial y equivocado, reía, reía, en el placer inconmensurable de su dantesco triunfo sobre la humanidad toda...

* * *

Benson materializó su forma física tras una nueva proyección al punto fijado mentalmente.

Satisfecho de sí mismo, miró en torno. Elevó los ojos al cielo blanco e impoluto que le cubría. Avanzó sin ruido por los corredores asépticos, de metal espejeante, blanco como los muros de un hospital, pero infinitamente más deslumbrantes.

Se detuvo frente a la desembocadura del corredor cilíndrico. Anuló sus radiaciones mentales, cuando captó los sensores de psico-ondas. De no hacerlo, descubrirían su presencia en el secreto recinto subterráneo.

Luego pasó entre las células sensibles, sin ser detectado. Era como una sombra, sin reacción humana alguna. Y el error de las máquinas vivientes era que sólo temía al ser humano o a alguien mentalmente dotado.

En ese momento, el Extraño apenas si era nada. Solamente un cuerpo con sus ondas mentales bloqueadas. Maddox no podía percibirle ahora. No sospechaba su proximidad.

Había sido difícil, pero creía estar en la pista cierta de la verdad. Las radiaciones de Maddox, sus reacciones, su mirada, su rara sensibilidad... No era humano. Lo parecía, hasta la perfección absoluta. Pero debajo de aquella carne magistralmente simulada, sólo había células electrónicas en acción. Un mundo microscópico e increíble de circuitos incontables.

Y, lo que era peor, una autonomía total. Un robot pensante, que decidía por sí mismo. En su afán de crear lo más insólito, el hombre había llegado a crear una copia del propio hombre. Y quizá, pese a cuanto la soberbia mecánica de Maddox imaginara, más imperfecta que el propio hombre.

La mente de Benson había trabajado duramente hasta ese momento. Necesitó reactivar sus circuitos mentales, esforzarse en leer a distancia, en intuir, en seleccionar con fría lógica una serie de datos, como una programadora viviente.

Ahora tenía la solución. Hendrix estaba cautivo de una máquina

inaudita. Y esa máquina soñaba con un mundo futuro sin criaturas vivas, sin formas orgánicas de existencia. Sólo con frías e insensibles máquinas...

Tanta xenofobia de siglos... y ellos iban a morir víctimas de sí mismos, del monstruo que ellos habían creado torpemente, convencidos de su superioridad indiscutible.

En las pantallas de televisión, el caos mundial tocaba a su fin. Imágenes dantescas y delirantes de las más importantes capitales del mundo, con millones de cadáveres, aparecían en las imágenes en color.

Maddox estaba satisfecho, ebrio de gozo. Hendrix, loco de dolor e impotencia...

Y Benson, el extraterrestre, extrañamente tranquilo.

Luego, penetró sin prisas en la vasta nave central de la fortaleza blanca subterránea, situada en el subsuelo de *Acre Dorados*.

Tampoco las máquinas captaron su presencia. Su mente seguía bloqueada. Pasó la última fila de células detectoras ultrasensibles. No ocurrió nada.

Y de repente, uno de los humanos uniformado de negro, le descubrió. Abrió la boca, desorbitando los ojos, para dar la voz de alarma a los demás.

* * *

A Benson le bastó clavar sus ojos en el que iba a gritar. Concentró su poder en aquella mirada.

Una rigidez pétrea, como si repentinamente una capa de hielo invisible recubriese al hombre, se apoderó de él. Quedóse quieto, inmóvil por completo. E igual sucedió con todos los demás servidores humanos, uniformados de negro cuero.

Solamente los robots vulgares y el súper robot llamado Maddox, continuaron normalmente su tarea. Hendrix, desde la plataforma, descubrió la aparición sigilosa de Benson. Su mirada reveló incredulidad.

Maddox hablaba, entretanto, con su voz helada, inflexible, sin emociones:

—Has asistido al final de tu especie sobre la Tierra, Hendrix. Esos fueron solamente ejemplos captados por micro cámaras de televisión emplazadas en cada capital importante del mundo. En todas partes sucedió igual. El fin fue colectivo. Sólo quedan ruinas, mares salidos de

su lecho, ríos desbordados, fuego, muerte, sangre y silencio... Los moribundos irán agonizando lentamente en ese caos. Luego, sin prisas, saldremos nosotros al exterior. Las máquinas, Hendrix... ¡Los vencedores de la Humanidad!

La egolatría del increíble robot humano iba más allá de lo imaginable. Benson sonreía extrañamente, parado al pie de la blanca plataforma. De súbito, su mente se proyectó a las pantallas de televisión otra vez.

Uno de sus complejos, poderosos circuitos mentales, recuperó la normalidad. Y ante el estupor de Hendrix y del propio Maddox..., las capitales del mundo reaparecieron perfectamente normales y sin novedad en cada fotograma televisado.

—¿Qué significa eso? —murmuró Herman Maddox, con acritud.

—Significa que nunca hubo fin del mundo alguno, robot —dijo la voz gélida de Benson.

—¿Cómo? —chilló Maddox, revolviéndose con ojos desorbitados. Se quedó mirando con horror e incredulidad al personaje presente. Elevó los brazos—. ¡Capturad a ese hombre! ¡No es un terrestre, sino un alienígena altamente peligroso!

No hubo vida ni movimiento alguno en torno. Ni siquiera los robots se movieron. Los servidores del negro uniforme de cuero siguieron inmóviles, como estatuas.

—Nadie te obedece ya, Maddox. Tu fuerza se agotó —recitó Benson, con frialdad—. Mi mente es superior a la tuya. He hecho que vierais en esas pantallas de televisión lo que hubiera sucedido, de llegar realmente lo que tú proyectabas, Maddox. Pero nunca sucedió realmente. Era un juego hipnótico de mi mente.

—No vas a vencerme con trucos de farsante —silabeó Maddox—. ¡Puedo hacer estallar todo en mil pedazos! ¡Es más, sé que he destruido al mundo exterior!

—Te equivocas, Maddox. El mundo sigue como lo ves ahí. Alteré todos tus circuitos muy a tiempo, cuando imaginé la clase de criatura artificial que eres... y el peligro latente sobre toda la Humanidad.

—No, no pudiste saber todo eso... ¡Nadie lo sospechó jamás!

—Yo no soy de este planeta. Sólo sabes luchar con los humanos, porque te hicieron para que fueses más perfecto que ellos, en lo mental. Conmigo nada puedes. Tu energía, tu maldita fuente de energía es lo que atrajo a nuestra nave, como un foco magnético. De otro modo, no habiéramos caído en la Tierra... y mis amigos no estarían muertos. Pero

ha sido buena cosa llegar y vencerte. Creo que he salvado al mundo, por pura casualidad, del peor de los peligros escondidos que jamás le acecharon.

—Nos servirá quizá de escarmiento cuando se sepa —silabeó Hendrix, sombrío—. Eso nos quitará nuestros prejuicios contra lo extraño, Benson.

—No, no creo que os quite nada —rio el Extraño—. Sois humanos y seguiréis con vuestros odios y pasiones de siempre. O dejaríais de ser humanos... y no sé lo que sería peor. Dentro de vuestra imperfección, creo que tenéis algo hermoso dentro de vosotros: el sentido del amor, de la ternura, de la fe, de la voluntad... Sí, son cosas que valen la pena, Hendrix.

Maddox parecía vencido, inmóvil, vacilante por primera vez. Pero era una apariencia errónea.

Repentinamente, se precipitó sobre los mandos. Presionó dos resortes verdes sobre el tablero electrónico.

Benson vio, al igual que Hendrix, cómo se abrían los blancos segmentos de la cúpula del recinto subterráneo... y el cielo y el aire exterior aparecían sobre sus cabezas.

Simultáneamente, con un alarido, Maddox, el robot humano, sufrió una fantástica transformación.

Encogiéndose sobre sí mismo, pareció enroscarse, formar un bulto esférico... que se cubrió de una dura coraza cristalina. Como un proyectil, la esfera así formada, con Maddox dentro, salió disparada hacia la cima de la cúpula abierta.

Gary Hendrix, atónito, señaló el objeto proyectado.

—¿Qué... qué significa eso, Benson? —jadeó.

—Significa una mutación en proyectil —silabeó el extraño—. Quizá Maddox tiene aún dentro de sí la última arma letal. El mismo es una súper bomba.

Y sin vacilar, clavó sus ojos en la esfera que volaba hacia las alturas, proyectando con su mirada una devastadora energía impulsora, sin límites posibles para el ser humano. La esfera auto creada por Herman Maddox y su costra o caparazón cristalina, materializada en el aire, pareció centuplicar su velocidad... y se perdió, sibilante, vertiginosa, en la inmensidad misma del espacio. Un destello púrpura acompañó su distanciamiento increíble.

Siguió un profundo silencio en la cámara subterránea. El joven médico miró a su insólito amigo.

—Benson... —susurró—. ¿Qué hizo usted esta vez?

—Enviar a esa máquina destructora adonde no pueda causar ya daño a nada ni a nadie. A los confines del Universo, al vacío absoluto..., donde se perderá en dirección a otras galaxias... Pretendía, pese a todo, elevarse y caer sobre la superficie terrestre. Estoy seguro de que poseía en sus circuitos una energía que podía multiplicar millones de veces, hasta crear una súper bomba aniquiladora. Ya no servirá absolutamente de nada esa facultad suicida.

—Dios mío... —Gary Hendrix se enjugó el sudor—. Benson, eran... eran cosas que parecían de otro planeta... Cosas enloquecedoras...

—Sin embargo, eran de vuestro propio mundo —sonrió el Extraño—. Es lo malo de ir más lejos de lo previsible. Ahora, Hendrix, volvamos con Selena. Si habla con las autoridades y le muestra todo esto, el *top-secret* continuará, más que nunca. Pero esos policías y soldados dejarán libre la zona de las colinas, y yo podré partir con mi nave, sin causar daños a nadie.

—Pero esa nave... ¿Dónde está, Benson, que nadie puede verla?

—Es una negra y dura roca redonda en estos momentos —rio Benson—. La camuflé como a todas las demás rocas circundantes, y sé que les pude engañar... Cuando vuelvan, faltará de allí una roca. Pero no necesitarán saber que unos extraterrestres... estuvieron de visita obligada en la Tierra, atraídos por una avería que provocó la energía magnética de este lugar oculto.

—Y entonces, Benson, se habrá ido usted... para siempre.

—Para siempre, sí —sonrió él, pensativo—. Este no es mi mundo, Hendrix. No creo que tenga nada que hacer en él.

—Las autoridades deberían saber que deben, precisamente al ser que hirió Mulder, la salvación de la Tierra.

—Las autoridades nunca entenderán eso —rechazó Benson—. Además, quizá le encerrarían a usted por loco, si dijera que un extraterrestre... cobró la apariencia de cualquier otro ser humano y les ayudó a resolver un problema. No, es mejor que les diga que usted descubrió esto, que Maddox escapó al extranjero..., lo que se le ocurra, Hendrix.

—No podré agradecerle nunca lo bastante que usted...

—Ya basta. No siga con palabras de gratitud. No ha sido tan difícil como pensé. Ahora, volvamos. Antes de partir para siempre... quiero despedirme de su amiga Selena...

—Selena... Dios mío, cuando sucedió o pareció suceder todo eso...

—Gary señaló a las vistas televisadas—. Llegué a pensar que también ella había desaparecido. Sin ocasión siquiera de... de un adiós...

—Hendrix, ¿usted ama realmente a la muchacha? —preguntó Benson, gravemente.

—Ahora he comprendido que la quiero con toda mi alma.

—Pero ella está ciega ahora...

—¿Qué puede importar eso? Si ella me quisiera aceptar, yo sería su eterno guía por la vida, el ser que supliría sus ojos sin luz... Para un cariño como el mío, Benson, no hay ceguera que signifique nada...

—Hablé con ella antes de venir —sonrió Benson—. También está enamorada de su doctor Hendrix, amigo mío.

CAPÍTULO IX

—Selena...

—Oh, Gary, yo no podía saber que tú ahora...

—Por Dios, no hables así. Eres la misma, con luz o con oscuridad en tus ojos. Mi amor por ti es el mismo, criatura.

—Gary, mi vida...

Se besaron. Benson los miró, con ternura. Sus ojos tenían una rara fijeza al aproximarse.

—Adiós, amigos —dijo—. Debo iniciar ya mi marcha.

—Benson... —Selena se volvió hacia él. Tendió sus manos—. Gracias por todo.

—¡Bah! —El Extraño sonrió—. Olvídelo.

—Nunca le olvidaré —extendió sus manos ella—. Aunque... aunque sé que no es como se nos aparece a nosotros, me gustaría estrechar sus manos... por última vez, amigo.

El no respondió. Extendió sus manos. Selena Ross las tomó con fuerza. Las oprimió calurosamente. Y las besó, antes de que él pudiera retirarlas.

—No debió hacer eso. —El notó la humedad de las lágrimas de ella en sus dedos de ser humano. No reveló emoción alguna—. Adiós, amigos. Espero que sean muy felices. Creo que yo también les recordaré allá adonde ahora regreso.

—¿Es muy lejos? —susurró Selena.

—El Universo siempre es lejos. Muy lejos. Las distancias son inconmensurables para ustedes. Pero eso no importará mucho a la hora de recordarnos mutuamente tal como nos hemos conocido. Además, antes de irme, Selena, les dejaré mi regalo de bodas. Deben aceptármelo sin decir jamás que lo recibieron de mí. Denme ambos su palabra.

—La tiene, Benson —afirmó ella—. Sea lo que fuere su regalo..., palabra que nadie lo sabrá por nosotros.

—Digo lo mismo. —Gary le miró, intrigado—. ¿Cuál... cuál es ese regalo?

Los ojos penetrantes de Benson se clavaron largamente en las verdes pupilas de la muchacha. Luego, muy despacio, retrocedió sin desviar de ella sus ojos. Alcanzó el corredor de la blanca, aséptica habitación del hospital de Canyon County.

—Adiós, amigos —murmuró por fin—. Ahí tienen ya mi regalo.

Selena pestañeó, aturdida. Aferró a Gary Hendrix por un brazo. Su voz sonó quebrada:

—Gary... Gary...

—¿Sí? —El dejó de mirar al corredor. Volvió su mirada hacia ella—. ¿Qué sucede, Selena?

—Mis... mis ojos, Gary... —Se llevó las manos trémulas a las pupilas. Clavó éstas en él—. Gary, ¿no entiendes? Veo... ¡Veo!

—¡Selena! —la exclamación ronca brotó de labios de Gary Hendrix, llena de incredulidad.

—Te veo... Veo la habitación, el sol, la luz, las cosas. ¡Mis ojos han recuperado la visión! —Se movió por la estancia ágilmente, sin tropezar, sin tantear—. ¡Gary, ha sido el regalo de bodas... de Benson!

Hendrix la miró aturdido. Corrió luego al pasillo. Ella lo hizo tras él, ante el estupor de dos enfermeros que pasaban ante la habitación de la paciente a quien sabían ciega.

Gary explicó, torpemente:

—Parece... parece que el nervio óptico responde. Me equivoqué en mi diagnóstico.

Los enfermeros no comentaron nada. Selena buscó a un lado y otro del largo corredor.

—No está —musitó—. Benson se ha ido.

—Sí. Se ha ido. Selena, ¿cómo? ¿Cómo es posible que un nervio óptico incurable ya...?

La verde mirada, luminosa de nuevo, se volvió a él.

—¿Qué sabemos nosotros de las demás criaturas del Universo y de su pretendida fealdad monstruosa? —murmuró la joven. Entornó sus ojos, de los que corrió llanto—. Gary, besaría ahora su cuerpo, su rostro..., por horrible que pareciese. Benson... Benson es una maravillosa criatura viviente. Es todo lo que sé.

—Sí —afirmó gravemente Gary—. Una maravillosa criatura.

* * *

La verde luz fosforescente se perdió para siempre en la noche.

El *sheriff* Mulder, el coronel Westbrook, el general Forbes, el profesor Newman, no pudieron captar su centelleo fugaz, porque estaban demasiado interesados descubriendo el complejo mundo subterráneo del desaparecido Maddox.

El estupor de científicos y militares ante aquella obra secreta era demasiado grande para que se preocupasen de ninguna otra cosa.

Y nadie, en Canyon County, descubrió la luz verde perdiéndose en la noche.

El *sheriff* Robeson, desde su automóvil descapotable, sí descubrió esa luminiscencia. Arrugó el ceño, sacudiendo la cabeza, tras seguir su rastro hacia las alturas, hasta que lo perdió de vista.

—Sea lo que fuere, si hubo realmente algo entre nosotros... se ha marchado ya —murmuró para sí, con un profundo suspiro.

En otro lugar, unos ojos recién abiertos a la luz y a la vida, siguieron esa estela fosforescente, por última vez. Y a su lado, la mirada inquieta de Gary Hendrix, también escoltó al cuerpo celeste en su regreso a lejanas galaxias.

—Ya está lejos, Selenia —murmuró el joven médico.

—Sí. Muy lejos...

—Recuerda lo que él dijo. No importa demasiado la distancia. Hay cosas que unen a las criaturas vivientes del Cosmos... por encima de millones de años-luz.

—Y esos seres... son sólo un ejemplo insignificante de lo que ocultan los confines del Universo, Gary.

—Sólo un pequeño ejemplo... —Gary inclinó la cabeza—. No todo son invasiones, ni marcianos aterradores, ni naves interplanetarias que despiden fuego y muerte. Pensamos que todos son como nosotros... y por fortuna nos equivocamos. El peligro está siempre aquí, entre nosotros, en nuestras propias obras... Ellos, los que sean, los que vengan algún otro día y se quedan entre nosotros, esperamos que no encuentren un *sheriff* Mulder. Ni tantos otros de su especie. Esperemos que otras generaciones futuras sí comprendan... lo que nosotros no hemos sabido comprender aún.

—Xenofobia —recitó despacio Selenia Ross—. Es lo que temes,

¿verdad, Gary?

—Lo que temo y lo que me asquea. Los extraños, los extranjeros, pueden ser iguales o mejores que nosotros, Selena. No importa su aspecto, no importa su fealdad. Hemos de comprender que todo ser viviente anhela visitar en paz a los demás, si dispone de medios para ello. Sólo visitar, no colonizar, esclavizar ni destruir, como escribe tanto fanático de la pureza del hombre ante los demás. Sólo visitar... como sería hermoso que alguna vez pudiéramos hacer nosotros, Selena, en alguno de esos remotos mundos que nunca imaginamos que pudieran existir, habitados por razas inteligentes y nobles.

—Estoy seguro de que son cosas que cambian con los tiempos, con las épocas, con la mentalidad de las gentes. Un día, todo eso habrá cambiado. Y hablar de fobias y de prejuicios, será como hablar de viejas y arcaicas formas del pensamiento humano, Gary.

—Dios quiera que sea así.

—Será así... si así queremos que sea...

Se miraron a los ojos. Gary Hendrix vio reflejadas en las verdes simas de los ojos luminosos de Selena, las lejanas estrellas adonde se dirigiera para una eternidad el falso hombre llamado Benson.

Recordó que ni siquiera sabía *cómo* era, realmente, su amigo Benson. Ni le importaba. Lo físico no podía importarle. Sabía cómo era interiormente. Y eso sí que importaba, y mucho. Lo sabían él y Selena..., aunque el mundo entero lo ignorase para siempre.

Y pensó que, ciertamente, valdría la pena que las cosas fuesen como tenían que ser..., si así deseaba uno que fueran.

Pero sobre el género humano aún tenía ciertas dudas, a pesar de todo. Eso nunca podría evitarlo.

Y quizá la culpa no era de él, sino... del propio género humano.

FIN

NOTAS

[1] Para evitar posibles suspicacias, se utilizan aquí condados imaginarios del Sudoeste. Y de igual modo, ciertos cargos públicos y militares se aluden bajo definiciones ambiguas que no coinciden con la realidad, para seguir impidiendo semejanzas molestas.

[2] El autor confiesa aquí humildemente jugar con un elemento ya conocido, del que se ha hablado mucho, pero que jamás pudo ser probado oficialmente: el famoso incidente del «platillo volante» (OVNI, según actual definición), de donde se dice surgieron unos hombrecillos extraños, muertos inmediatamente después de la colisión. Aunque no pasó nunca de ser un rumor —centrado en Nuevo México—, es buen pretexto para basar este relato. Las cosas quizá fueron diferentes, pero de haber sido como aquí... ¿quién lo hubiera sabido?